

Selección TERROR

LA FABRICA DE CADAVERES

CLARK CARRADOS

El rostro de Charlotte era el de una vieja que hubiese llegado a centenaria. De la belleza que había sido su orgullo pocos meses antes, ya no quedaba el menor rastro. Varios dientes se desprendieron súbitamente de las encías y cayeron al suelo, con tétrico repiqueteo.

El ascensor se paró en el vestíbulo del edificio. Las personas que estaban aguardando entrar, se vieron arrolladas de súbito por una enloquecida estampida de hombres y mujeres, capitaneados por el ascensorista, que huían frenéticamente, profiriendo agudísimos gritos de terror.

Un conserje había reaccionado y guió a dos policías hasta el ascensor. Sentada en el suelo, con la espalda apoyada en la pared, había una mujer, con los ojos desmesuradamente abiertos. Era una vieja que debía de tener lo menos cien años, supusieron los policías.



Clark Carrados

La fábrica de cadáveres

Bolsilibros: Selección Terror - 196

ePub r1.0

xico_weno 26.10.17

Título original: *La fábrica de cadáveres*
Clark Carrados, 1976
Ilustraciones: Rafael Cortiella

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2




ft
SELECCION
TERROR

CAPÍTULO PRIMERO

El hombre de la bata blanca meneó la cabeza y dijo:

—Lo siento, señora Faversham.

Charlotte Faversham se llevó una mano a la boca, a la vez que contemplaba con ojos incrédulos al médico que tenía frente a sí. El doctor Christopher Studder era un hombre de unos cuarenta y cinco años, de pelo crespo, apenas sin canas, muy alto y fornido, y con bigote y barbita que formaban un aro en tomo a la boca. A la señora Faversham le parecía que acababa de escuchar su propia sentencia de muerte.

—Pero eso es… imposible…

—Repito que lo lamento. Quizá me tome usted por un hombre cruel, despiadado, sin entrañas; pero nunca me ha gustado engañar a mis pacientes, al menos cuando tengo la absoluta seguridad de que mi diagnóstico es acertado.

—Me recomendaron a usted… como el mejor especialista…

Studder hizo una ligera inclinación de cabeza.

—Gracias, señora, pero hay ocasiones en que ni el mejor médico del mundo puede hacer nada —contestó.

Charlotte Faversham se miró las manos. Era una mujer de cuarenta años y, hasta hacía poco, sumamente atractiva y con los encantos y la simpatía suficiente para desbancar a otras que tenían diez años menos. En poco tiempo, su cambio había sido radical.

Ahora parecía tener casi sesenta años y había numerosas hebras grises, en su pelo que había sido del color del ala del cuervo y del que tan orgullosa se había sentido siempre. En sus manos, blancas y finas, como las de un pianista famoso, había ahora numerosas arrugas. Su misma piel estaba seca, áspera, casi endurecida en muchos puntos del cuerpo.

—Y voy a morir —gimió.

Studder bajó la cabeza.

—Vino a verme demasiado tarde —manifestó—. Tal vez, un mes antes, mi tratamiento hubiera podido conseguir notables efectos. Cuando usted me visitó por primera vez, el mal estaba ya muy extendido por su organismo.

—Tengo cuarenta años… Me parece ser una vieja de ochenta… —lloriqueó Charlotte.

El médico guardó silencio. Ella, pasados unos instantes, preguntó:

—¿Cuándo… llegará, doctor?

—Imposible predecirlo, señora. —A pesar de todo, Studder no quiso añadir que quizá aquel mismo día podía ocurrir lo inevitable.

De nuevo volvió el silencio al despacho. Al cabo de un minuto, Charlotte pareció reaccionar e irguió la cabeza.

—Doctor, quiero hacer algo para ayudar a mujeres que puedan hallarse un día en mi caso —manifestó. Abrió el bolso y sacó un talonario de cheques—. Usted se encargará de administrar esta suma, de la forma que mejor le parezca. Estudie, investigue, trabaje… pero salve a otras mujeres de la suerte Tan horrible que me aguarda.

Charlotte escribió rápidamente. Arrancó el cheque y se lo entregó al galeno.

—Le extenderé un recibo —dijo Studder.

—No se moleste. —Ella se puso en pie—. Quiero que sepa que le considero un médico excelente y una magnífica persona. Ojalá un día pueda encontrar la fórmula que permita vencer esta horrible enfermedad.

Studder tocó un timbre situado sobre su mesa. Una joven enfermera apareció a los pocos momentos.

—Paula, la señora Faversham se encuentra indispuesta. Acompáñela a su casa; yo atenderé personalmente al resto de los pacientes…

—Por favor —dijo Charlotte—. Deje que la muchacha continúe aquí. Tengo mi coche aguardando abajo, con el chófer. Adiós, doctor. Buenas tardes, señorita.

La enfermera se apartó a un lado para que pasara la paciente y luego la acompañó hasta la salida. Al quedarse solo, el doctor Studder contempló el cheque. La cifra escrita por Charlotte Faversham era extraordinaria: 250.000 dólares.

El consultorio del doctor Studder estaba situado en el piso veintitrés de un edificio destinado principalmente a oficinas, salvo las últimas plantas, que eran áticos habitables. Uno de estos áticos pertenecía al galeno.

Charlotte entró en el ascensor. A cada segundo que transcurría se sentía peor. Extraños hormigueos recorrían su cuerpo, junto con oleadas alternativas de frío y calor intensísimos. No obstante, procuró esforzarse para no mostrar a los otros pasajeros del ascensor el pésimo estado en que se hallaba.

El ascensor hizo un par de paradas a fin de recoger más pasajeros. De pronto, una mujer chilló y señaló con la mano a Charlotte.

La señora Faversham estaba en un rincón, apoyados los hombros en las dos paredes que formaban ángulo. Aquella postura le impedía caer al suelo.

Un hombre juró. Dos, de los más cercanos a Charlotte, retrocedieron aterrados.

—¡Santo cielo! ¿Qué le pasa a esta mujer?

—¡Se vuelve vieja! —chilló una muchacha de veinte años.

El ascensorista estaba atento a su trabajo. Al darse cuenta del escándalo, volvió la cabeza y se puso lívido.

El rostro de Charlotte era el de una vieja que hubiese llegado a centenaria. De la belleza que había sido su orgullo pocos meses antes, ya no quedaba el menor rastro. Varios dientes se desprendieron súbitamente de las encías y cayeron al suelo, con tétrico repiqueteo.

El ascensor se paró de pronto, porque había llegado ya al vestíbulo del edificio. Las personas que estaban aguardando entrar en el aparato, se vieron arrolladas de súbito por una enloquecida estampida de hombres y mujeres, capitaneados por el ascensorista, que huían frenéticamente, profiriendo agudísimos gritos de terror.

La gente que había en el vestíbulo, escapó también, llena de pánico por algo que ocurría y sin que nadie supiera a ciencia cierta de qué se trataba. Al fin, llegó una patrulla de policía.

Un conserje había reaccionado y les guió hasta el ascensor. Sentada en el suelo, con la espalda apoyada en la pared, había una mujer, con los ojos desmesuradamente abiertos. Era una vieja que debía de tener lo menos cien años, supusieron los policías.

Uno de ellos le tomó el pulso.

—Está muerta —dijo.

* * *

Bryce Hall leyó la noticia, pero no le hizo gran caso. Tenía otros problemas personales que atraían más su atención.

Los problemas se fueron agudizando. Al cabo de seis meses, la situación explotó, cuando la joven y casquivana señora Hall, con la que Bryce se había casado escasamente dos años antes, escapó de casa, con un tipo gordo y muy rico.

Hall se sintió inmensamente desdichado, aunque, en medio de todo, el problema perdía cierta virulencia, al no haber hijos que pudieran lamentar la ausencia de su madre. Después de enterarse de la fuga de su mujer, Hall hizo una apuesta con sus propias penas.

—Vamos a ver si las ahogo o saben nadar —se dijo.

Naturalmente, el líquido en que pensaba ahogar las penas era alcohol. Bryce Hall agarró una monumental borrachera, que le hizo perder la orientación por completo, a partir de la séptima copa.

Cuando despertó, sintió deseos de vomitar. Tenía la boca horriblemente seca y le parecía como si hubiesen traspasado sus sienes con unos pernos de sujetar rieles de ferrocarril en las traviesas. Pero lo peor de todo era que la cama se movía espantosamente.

Hall tardó largos minutos en darse cuenta de que, no sólo no estaba en su casa, sino ni siquiera en la cama. El balanceo se debía a que se hallaba en un buque.

El petardeo del motor llegó a sus oídos y traspasó sus tímpanos, hasta llegar al cerebro, cosa que le hizo lanzar un agudo gemido. A pesar de todo, a los pocos momentos, empezó a sentirse algo mejor, aunque muy ligeramente.

Entonces notó que se hallaba en un cuarto pequeño, muy angosto, ocupado en su mayor parte por bultos y cajas de embalaje. Había un diminuto «ojo de buey», a través del cual entraba un rayo de sol casi horizontal.

El tono de la luz le dijo que pertenecía a un nuevo día. Hall se admiró de la fenomenal borrachera que le había llevado hasta aquel barco, cuyo puerto de destino, por supuesto, le era completamente desconocido.

De pronto, oyó una cierta variación en el ruido del motor. El

barco perdía velocidad.

—Estamos llegando a puerto —dedujo.

Un cierto sentimiento de prudencia le aconsejó permanecer en el mismo sitio. Algunos marineros eran muy brutos. Estrictamente, no se podía considerar como un polizón, puesto que él no pretendía haber abandonado Palm Beach para recorrer mundo, sino que la borrachera le había llevado hasta aquel barco, sin que se diera cuenta de lo que hacía.

—Pero vete a decírselo a un tipo de semejante calaña —rezongó—. Sería capaz de cualquier cosa.

Sonaron pasos por encima de su cabeza. Alguien anunció que tenían el muelle a la vista.

Hall sentía una sed horrorosa, pero no se atrevía a abandonar todavía el escondite. En circunstancias normales, habría afrontado la cólera de la tripulación, pero el exceso de alcohol le había dejado apenas sin fuerzas.

—Nunca más, nunca más —se prometió a sí mismo.

Ninguna mujer del mundo se merecía un rato tan espantoso como el que estaba pasando. Y, bien mirado, él debía haberse imaginado cómo acabaría su matrimonio. Pero los ojos y la boca y el talle y las piernas de una mujer joven, bonita y ardiente, le habían cegado por completo, esperando que ella se corrigiese con el tiempo. Sin embargo, no sólo no había sido así, sino que, para mayor ignominia, ella se había fugado con un tipo treinta años mayor, gordo y calvo, pero muy rico.

El barco se paró al fin. Volvieron a oírse las voces. Sonaron algunas risas.

—Ya estamos en Peak Island —dijo una mujer.

—La isla de «Irás y no volverás» —rió un hombre.

—Bien mirado, ¿qué importancia tiene eso? Vivir poco, pero vivir intensamente… es una maravillosa idea, ¿no crees?

Hall frunció el ceño. ¿A qué diablos se refería aquella conversación?

Una voz autoritaria, distinta a las otras, sonó de pronto:

—Lleven los equipajes y la carga a tierra. Ya les diré cuándo pueden regresar.

—Sí, señor —contestó alguien.

Pasaron diez minutos. El barco se balanceaba ahora muy

suavemente. Hall empezó a pensar en la conveniencia de saltar a tierra.

Hurgó en sus bolsillos. Aún le quedaban unos cientos de dólares. Podría alquilar una lancha que le devolviera a Palm Beach. Pero tendría que abandonar el barco sin ser visto.

Al cabo de unos momentos, abandonó su escondite. Abrió la puerta y divisó un corto pasillo, al final del cual había un salón comedor abandonado en aquellos instantes. No se oía el menor ruido.

Avanzó paso a paso. De pronto, vio una puerta abierta.

Era la cocina. Saltó hacia adelante, agarró un vaso y lo llenó y vació tres veces seguidas. Al terminar, eructó, satisfecho. La sensación de sed se alejaba rápidamente. En cuanto al dolor de cabeza, la preocupación por la situación en que se hallaba lo había disipado muy pronto.

Encima de la mesa vio un frutero, con plátanos, naranjas y uvas. Hall se miró a sí mismo. Vestía una chaqueta de hilo, pantalones y camisa, ahora sucios y arrugados. Sin el menor escrúpulo, agarró un par de naranjas y unos cuantos plátanos y los guardó en el seno. Ya comería más tarde, cuando estuviese en seguridad.

De pronto, su vista recayó sobre un periódico que había desplegado sobre la mesa. Una noticia, encabezada por titulares de medianas dimensiones, llamó su atención.

Algo parecido a una sacudida eléctrica recorrió, su cuerpo. Olvidándose de todo, leyó:

¡ACCIDENTE MORTAL!

Un automóvil, con matrícula del Estado de Florida, se estrelló ayer por la tarde contra un camión pesado, muriendo en el acto sus dos ocupantes. Identificadas las víctimas resultaron ser Betty Hall y Eddie Tripp Bowles, conocido tahúr de Las Vegas, quien pasaba accidentalmente una temporada en Palm Beach…

Una risa amarga brotó de los labios del polizón. Conque un hombre riquísimo, ¿eh? La suerte era que la pobre Betty había muerto sin conocer verdaderamente al rufián que la había deslumbrado con promesas y perspectivas que jamás hubiera podido cumplir.

Dejó el periódico. La escalera que conducía a la cubierta estaba

a unos pasos de distancia. Betty había muerto, pensó. Ya no la odiaba. Ahora la compadecía.

Llegó a la cubierta. Frente a él, vio una vegetación lujuriante, con un par de casas apenas visibles entre la espesura. A la derecha había un muelle de pilotes. Un camino serpenteaba entre la vegetación y se dirigía hacia la parte alta de la colina que tenía frente a sí.

Hall decidió aprovechar la ocasión. El barco era menos grande de lo que había sospechado en un principio. En realidad, era un yate de recreo, de poco más de veinte metros, pero de tipo ya anticuado.

En alguna parte habría un puerto de pescadores, se dijo. Dos o trescientos dólares podrían convencer a un tipo reacio.

Saltó al muelle y corrió hacia la vegetación. Minutos después, estaba escondido entre la maleza, devorando la fruta.

Los plátanos y las naranjas fueron el mejor desayuno que hubiera podido tomar y le reconfortaron notablemente. No lejos de aquel lugar entrevió una playa y se preguntó por la conveniencia de darse un baño.

Ahora estaba a unos trescientos metros del muelle y tenía la seguridad de que no podían verle. De repente, cuando menos lo esperaba, oyó voces en las inmediaciones y corrió a esconderse detrás de un espeso matorral.

CAPÍTULO II

Una de las voces pertenecía a una mujer y parecía muy contenta. La otra voz era de hombre.

Ella se hizo súbitamente visible a los ojos de Hall. Corría cerca de la playa, con el pelo suelto. Era joven y bastante agraciada, pero lo que dejó al polizón sin aliento fue el hecho de que la mujer no llevaba encima una sola prenda de ropa.

El hombre apareció un segundo después, con idéntica vestimenta. Hall tenía la boca abierta.

—¿He venido a parar a algún campamento de nudistas? —se preguntó.

La pareja se alejó. Chillaban y reían alborotadamente. Las voces se apagaron, de pronto.

Hall decidió continuar su camino. Bordear la costa sería lo mejor. Seguramente, el barco le había traído a una propiedad particular, lo que podía acarrearle problemas más adelante. Seguiría andando dos o tres kilómetros y luego…

De pronto, llegó a un lugar rocoso, que se alzaba a unos diez metros sobre el nivel del mar. Era un gran promontorio, que descendía gradualmente en enormes escalones, tallados por la naturaleza y que terminaba en una formación rocosa, de contornos circulares y de aproximadamente cuarenta metros de diámetro. El borde se encontraba a una altura máxima de dos metros, sobre las olas de un mar muy calmado en aquellos momentos.

En el centro del saliente había una especie de piscina, formada evidentemente por la naturaleza. Era también circular y mediría unos treinta metros de diámetro, lo que confería a los bordes una anchura media de cinco o seis metros.

La piscina, de aguas todavía más quietas que el mar exterior, parecía un zafiro gigantesco, de absoluta transparencia. Resultaba patente que alguien había sabido aprovechar aquel accidente

natural, para utilizarlo en el baño, por lo que en la ladera del promontorio se había construido una escalera que facilitaba el acceso.

El calor, pese a la hora relativamente temprana, era bastante considerable. Hall tenía ya la chaqueta bajo el brazo. El agua y la fruta de su improvisado desayuno le habían devuelto prácticamente a la normalidad, aunque sentía náuseas cada vez que recordaba el *whisky*.

—Un baño me sentaría bien —decidió de pronto.

Y como no había gente a la vista, buscó el arranque de la escalera y descendió resueltamente.

Cuando llegó al borde, vio, en el lado del mar, una especie de túnel que atravesaba la roca, de modo que el agua tenía una fácil renovación. El túnel, aun contando con la refracción del líquido elemento, debía de tener poco más de dos metros de diámetro.

La búsqueda del pescador que le llevase a tierra firme podía esperar, se dijo, mientras empezaba a desabrocharse la camisa. De pronto, oyó gritos de mujer en las alturas.

Hall maldijo entre dientes. ¿Era que no iba a poder quedarse solo siquiera fuese media hora?

La vegetación comenzaba a unos cincuenta metros sobre su cabeza. Hall se tiró casi de cabeza a una especie de grieta que divisó en el punto más saliente. La grieta era oblicua y sus pies, observó desolado, segundos más tarde, eran mojados a veces por el oleaje.

El instinto le hizo encogerse. Segundos más tarde, vio a una pareja que descendía corriendo alegremente por la escalera.

—Para algunos, esta isla debe de ser una especie de paraíso —murmuró para sí.

La mujer ya no era una jovencita, aunque había en su figura los suficientes atractivos para que el hombre corriera tras ella con el deseo pintado en sus facciones. El hombre no tendría más de treinta años, mientras que la mujer aparentaba cinco o seis más.

Los dos iban en traje de baño. El hombre alcanzó al fin a su presa y la abrazó ardorosamente. Ella pareció ceder un instante, pero luego le empujó con ambas manos.

—Conviene que te enfríes, Roddy —gritó.

—¡Espera, Marylou! No tenemos mucho tiempo que perder —suplicó él.

—Después del baño, querido.

Hall frunció el ceño. Aquella pareja hablaba de una forma muy parecida a la que había escuchado a bordo del barco. ¿Acaso se habían refugiado en aquella isla, temiendo el próximo fin del mundo?

La mujer juntó ambas manos y se tiró de cabeza al agua. El hombre la contempló sonriente.

Ella surgió a los pocos instantes y nadó sin demasiada gracia. Hall se felicitó de su posición; si estaba en una propiedad privada, como suponía, no le convenía ser visto.

De repente, vio que el hombre se rascaba el pecho con fuerza. Ella lo vio también.

—¡Roddy! —gritó—. ¿Qué te sucede?

El hombre sonrió tristemente.

—Nada, querida; creo que ya ha llegado mi hora —contestó.

En el mismo instante, el rostro del hombre expresó un terror infinito.

—¡Marylou, corre! —aulló—. ¡Sal pronto de ahí!

Hall se alarmó. De súbito, oyó un alarido desgarrador.

—¡Socorro! —gritó ella.

Hall olvidó sus precauciones y se puso en pie.

Las aguas estaban teñidas de rojo. Sintióse aterrado al ver la masa azulada que se movía siniestramente por el fondo de la piscina. El tiburón, calculó, medía lo menos cinco metros.

Marylou chillaba espantosamente. El hombre agarró una piedra y se la arrojó al escualo, pero ni siquiera alcanzó su blanco. En aquel momento, el tiburón atacaba de nuevo y lo hizo de frente.

Terriblemente impresionado, Hall vio una enorme bocaza, armada de unos dientes que ponían hielo en el cuerpo. El tiburón se lanzó hacia adelante y sus mandíbulas se cerraron justamente sobre el blanco cuello de la mujer.

Los gritos se callaron de pronto. Hall vio una explosión de sangre. Un cuerpo humano quedó flotando sobre las aguas, arrojando torrentes de rojo líquido por el cuello amputado.

Pero el horror no había hecho más que empezar para el intruso en aquellos parajes. Roddy pareció enloquecer.

—¡Mátame también a mí! —Aulló, a la vez que saltaba al agua —. ¡Devórame, monstruo; aprovéchate ahora, cuando todavía estoy

apetitoso!

Roddy se zambulló en la piscina. La situación no le había permitido siquiera fijarse en el involuntario testigo de la horripilante escena.

El escualo, insaciable, se precipitó al asalto de la nueva presa.

Roddy avanzó hacia él, gritando frases incoherentes. Cuando vio que el tiburón abría la boca, dio un fortísimo talonazo y avanzó la cabeza.

Hall cayó de rodillas, incapaz de mantenerse en pie. Apoyó las manos en el suelo. Todo su cuerpo estaba sacudido por fortísimos espasmos. No tenía fuerzas ni tampoco hubiera podido hacerlo, para mirar a la piscina, en la que el monstruoso pez se dedicaba ahora a consumir tranquilamente los dos cuerpos humanos.

Al cabo de un rato, hizo un esfuerzo, recogió su chaqueta y abandonó aquel siniestro lugar.

Todavía sentía frío en la espalda, a pesar de lo caluroso del tiempo. ¿Qué hubiera sucedido, si no hubiese aparecido aquella pareja y hubiera podido bañarse?

Las preguntas se agolpaban en su mente. ¿Por qué se había arrojado Roddy al agua? ¿Tanto amaba a Marylou?

Había frases que le resultaban incomprensibles. ¿Qué sucedía en aquellos siniestros parajes?

* * *

Durante largo rato, abrumado por su situación, caminó a lo largo de la costa. Cerca de mediodía, encontró algo totalmente inesperado: un arroyuelo que descendía de la parte alta de la isla.

El agua era clara y fresca. Hall bebió unos sorbos. Luego, con las manos, se mojó la cara y el cuello. Descansó un rato y se sintió un poco mejor.

Era curioso, se dijo. La víspera se creyó el hombre más desgraciado del mundo. Su mujer le había abandonado… y ahora ella estaba muerta y él era libre. Con gran sorpresa, se dio cuenta de que no sentía el menor dolor por su propia tragedia.

Pero los habitantes de la isla…

Todos ellos parecían tener una característica en común: estaban seguros de no vivir mucho tiempo. O, por lo menos, así lo creían.

¿Acaso estaban enfermos y padecían alguna dolencia incurable?

Una de las frases martilleaba su mente casi sin cesar.

«Devórame, monstruo; aprovéchate ahora, cuando todavía estoy apetitoso».

Roddy había sido el autor de la frase. ¿Cuál era su significado?

De pronto, oyó ruido de pasos en las inmediaciones. Una vez más, volvió a buscar un escondite.

A los pocos momentos, divisó a una pareja. Él tenía unos cuarenta años y ella diez o doce menos. La joven parecía triste. El aspecto del hombre no era más animado.

Los dos se detuvieron a orillas del arroyo.

—¿Cuándo nos llegará el turno, Will? —preguntó ella.

El hombre hizo un gesto de indiferencia.

—Cualquier día, en cualquier momento… cuando menos lo esperemos —respondió—. Estamos condenados, Inge.

Ella asintió.

—Sí, condenados —admitió—. Casi envidio a Roddy y a Marylou. Al menos, han terminado rápidamente.

El rostro del hombre pareció conocido a Hall. De pronto, recordó. Sí, era William Hardison, prominente hombre de negocios floridano. Un tipo cargado de dinero. Pero aquella mujer, evidentemente, no era su esposa.

Hardison abrazó a la joven.

—No debemos perder la esperanza, querida —murmuró—. Quizá se encuentre pronto el remedio…

Inge lloraba silenciosamente.

—No hay remedio —dijo—. Jeter, Jackie, Emily, Anderson… todos han muerto ya…

Hall sintió que se le ponían los pelos de punta.

¿Leprosos?

Pero no se veían señales de llagas en el rostro o en las manos, ni tampoco advertía las deformaciones físicas, características de aquella dolencia bíblica.

Entonces, ¿cuál era la enfermedad incurable?

Los labios de Hardison buscaron con avidez los de Inge. Ella, tras una corta vacilación, correspondió ardorosamente.

Hall no quiso seguir contemplando la escena. Había situaciones en que la discreción se imponía. Reptando con absoluto sigilo, abandonó el lugar y continuó su camino, bordeando la costa.

Al atardecer, cansado, con la mente todavía impregnada de los

horrores que había presenciado, alcanzó un punto de la costa y se detuvo en el acto, lleno de estupefacción.

¡Había vuelto al punto de partida!

«O de llegada, según se mire», pensó, con los ojos fijos en el barco que se balanceaba lentamente en el fondeadero.

Hizo unos rápidos cálculos. No podían ser exactos, puesto que carecía de instrumentos, pero, aun así, y contando que buena parte de la jornada había sido entregada al descanso, estimó la distancia recorrida entre seis y siete kilómetros.

Lo cual significaba que la isla, como máximo, tenía dos kilómetros y medio de ancho.

Y no había encontrado ningún poblado de pescadores, en donde le pudieran proporcionar ayuda para regresar a la costa.

Pero tampoco quería quedarse allí. ¿Y si la enfermedad era contagiosa? Sólo de pensarlo, sentía escalofríos. Lo mejor era, pues, buscar el medio de abandonar Peak Island.

«La isla de irás y no volverás», se dijo lúgubremente.

En aquel momento, sonaron voces.

Dos hombres bajaban por el sendero que conducía al muelle. Uno de ellos era portador de un saquete, que pendía de su hombro izquierdo. Ambos usaban gorras de marino.

Ya no cabía duda alguna; eran los tripulantes del barco. Posiblemente, el dueño estimaba que no necesitaba más para el manejo de la embarcación. Acaso el propietario del barco les había dado ya orden de emprender el regreso.

Hall decidió actuar, aún consciente de los riesgos que podía correr. Esperó a que los dos hombres hubieran desaparecido en el interior del yate y entonces emprendió una rápida y silenciosa carrera, que le hizo alcanzar el buque antes de un minuto.

Saltó a bordo. Los tripulantes parecían muy entretenidos con una botella de *whisky*. Hall se agazapó en la popa, detrás de un montón de lonas, que encubrían sin duda algún bote plegable.

Al cabo de unos momentos, oyó una voz:

—Bien, basta ya. Revisa los motores. Al viejo le sabría muy mal si se diese cuenta de que demoramos la partida.

—O. K., capitán —respondió el otro con cierto tonillo irónico.

Hall aguardó un buen rato, horas en realidad. Cuando estuvo seguro de que no iba a ser descubierto, buscó el escondite al que

había llegado la víspera sin saber cómo, debido a su fenomenal borrachera.

Estaba cansado y hambriento, pero lo dio todo por bien empleado, con tal de abandonar aquella isla siniestra.

CAPÍTULO III

—Estás perfectamente —dijo el doctor Sanders—. Todos los análisis han sido negativos. No hay la menor sombra de enfermedad, de ninguna clase. —El médico soltó una estentórea carcajada—. De veras, Bryce, pagaría algo bueno por tener tu salud.

—Si tú lo dices…

—Claro que sí —Sanders palmeó los hombros de su amigo y paciente—. Vamos, deja las aprensiones a un lado. No tienes por qué sentir el menor temor. Y, a propósito, siento lo de Betty…

—No te preocupes —contestó Hall—. Todos podemos equivocarnos en este mundo. Gracias, Ely.

Hall abandonó el despacho del médico. Sentíase muy aliviado. No había el menor indicio de que se hubiera contagiado durante su estancia en Peak Island. Ahora, lo que debería procurar era rehacer su vida, tras el fracaso sufrido. Era joven, aún no tenía treinta años. Acabaría por olvidar.

Un cuarto de hora más tarde, Hall se encontró con una encantadora muchacha, a la que hacía años no había visto.

—¿Me falla la vista o estoy delante de Paula Ewing?

Ella le miró, sonriendo hechiceramente.

—¡How, Ojo de Lince! —saludó con jovial acento—. Rostro pálido tener vista magnífica. Yo ser «*squaw*» blanca, llamada como tú decir.

Dos manos se estrecharon espontáneamente. Hall se sintió muy contento de haber encontrado a Paula.

—Vamos a tomar una copa para celebrarlo —propuso.

—Encantada.

Era una muchacha de unos veinticuatro años, de buena estatura y muy esbelta. La delgadez era sólo una impresión superficial; debajo del sencillo traje de hilo blanco que vestía, había una silueta con numerosos atractivos.

Pronto estuvieron sentados en sendos taburetes.

—Por nuestro encuentro —brindó él.

—Lo mismo digo. ¿Qué haces ahora, Bryce?

—De momento, nada.

—Así da gusto vivir. En cambio, yo tengo que trabajar como una esclava, poco menos que noche y día.

Hall la miró de soslayo.

—Paula, me gustaría ser un príncipe de la India, para cubrirte de joyas de la cabeza a los pies —dijo.

—Sí, y tenerme encerrada en una habitación tapizada con pieles de tigre de Bengala. No, gracias, prefiero el trabajo.

—Si es de tu agrado…

—No es que haga gran cosa, puesto que soy recién llegada, como quien dice, pero el sueldo es aceptable. Tecleo en una máquina en el Florida Times.

—¡Quién lo dijera! —Exclamó Hall—. Paula Ewing, metida a periodista…

—Por el momento, sólo soy ayudante del redactor jefe. Pero esto me confiere cierta libertad y adquiero experiencia.

—Sí, es lógico, aunque, según creo recordar, hubo una época en que fuiste enfermera.

—En efecto, pero lo dejé. Acabó por no gustarme, Bryce.

—¡Caramba! ¡Yo pensé…!

—Me hacía mucha ilusión al principio; pero luego vi que no era el trabajo de mi vida. Es lo que pasa a veces; uno cree haber encontrado algo que estima llenará toda su existencia y luego, al verlo desde dentro, comprueba que no era tanto como creía.

—Estás un poco filósofa, Paula —sonrió él.

—No, nada de eso, simplemente, soy sincera. Pero cuéntame algo de tu vida. Te casaste, creo. ¿Cómo está tu mujer? ¿Tienes niños?

Hall se puso serio de repente. Paula se consternó.

—Temo que he hecho una pregunta inconveniente —añadió.

—Hubo un tiempo en que fuimos amigos, de modo que no tengo por qué callar lo ocurrido. Además, tarde o temprano, tendrías que saberlo… Me casé, pero, al parecer, no supe ser buen esposo o quizá me equivoqué… Mi mujer se escapó con otro y ambos se mataron con el coche el mismo día.

Paula se puso una mano en la boca.

—Entonces… es esa Betty Hall, cuya muerte leí días atrás en el periódico… Oh, Bryce, no sabes cuánto lo siento. Jamás pude imaginarme que fuese tu esposa…

—Ya ha pasado todo, nena —contestó él.

—Bryce, quiero que sepas que lamento lo ocurrido y que tienes toda mi simpatía —dijo la muchacha—. Si un día me necesitas, cuenta conmigo.

—Gracias, Paula. Pero, dime, ¿tú no…?

—No, todavía no he encontrado nada definitivo. Algún devaneo, escarceos, salidas con tal o cual posible pretendiente, pero no he llegado a decidirme todavía a encadenar mi vida a la de un hombre. Sí, ya se sabe que, en caso de fracaso, está el divorcio, pero es que no me gustaría fracasar. Tú ya me entiendes, ¿verdad?

Hall hizo un gesto de asentimiento.

—Eres una chica maravillosa y te mereces toda la suerte del mundo —contestó.

* * *

Durante unos días, Hall procuró olvidar, no sólo su tragedia personal, sino los horrores que había presenciado en Peak Island. Luego, de repente, tuvo un agradable encuentro.

En realidad, fue ella la que le encontró. Hall caminaba poco menos que sin rumbo fijo, con las manos en los bolsillos, cuando, de pronto, oyó un chirrido de frenos a su lado, al mismo tiempo que percibía una voz femenina que pronunciaba su nombre:

—¡Bryce!

El joven se volvió. Junto a la acera se había parado un espectacular descapotable blanco, conducido por una hermosa morena que le miraba sonriente. Ella vestía blusa rayada en blanco y rojo, sin mangas, y «*shorts*» blancos. En torno al cuello llevaba un estrepitoso pañuelo multicolor, pero sus ojos resultaban invisibles, a causa de las grandes gafas de color que los ocultaban.

—¿Me conoce usted, señora? —preguntó Hall.

Ella se quitó las gafas.

—¿Y tú?

Hall se quedó con la boca abierta.

—Sonia…

—Crowley, por el apellido de mi difunto esposo —contestó ella

—. Bryce, ¿cuántos años hace que no nos veíamos?

—Ejem… Uno no quisiera ser descortés… pero… bueno, jugábamos juntos desde niños y empezamos a ir a la escuela al mismo tiempo… Te casaste a los dieciocho, creo…

Sonia Crowley rió suavemente.

—No te andes por las ramas, Bryce. Han pasado más de diez años y ya rondamos ambos los treinta. ¿No te apetece subir? —sugirió ella de repente.

Hall no tenía nada mejor que hacer en aquellos momentos y aceptó la invitación encantado. Sonia puso el coche en marcha de nuevo.

—¿Qué haces ahora, Bryce? —preguntó.

—Nada. Estoy de vacaciones —mintió él, en parte.

—¿Solo?

—En este preciso instante, no —contestó Hall sonriendo.

Sonia lanzó una suave risita.

—Ya lo veo, hombre. De modo que no tienes nada que hacer.

—Si no es estar en tu compañía, nada.

—Bryce, me gustaría hablar contigo largo y tendido. Ahora voy a ver a mi médico; tengo hora para la consulta. Creo que será una cosa breve, de quince a veinte minutos. ¿Por qué no me esperas y vamos luego a mi casa a tomar una copa?

—No hay inconveniente, sino todo lo contrario —accedió él—. De modo que te casaste y enviudaste.

—Sí. Bryce, voy a ser sincera. No fue una boda por amor, ya que él tenía veinticinco años más que yo, pero, en cierto modo, fui muy feliz. Mi esposo era un hombre buenísimo y jamás le di el menor motivo de queja. Tú ya sabes lo que pasa, a veces, en un matrimonio de esas condiciones.

—Desde luego, Sonia.

—Bien, en nuestro caso, no hubo nunca otra cosa que una perfecta compenetración. Él también fue inmensamente feliz conmigo y lo demostró en su testamento. Tenía un par de hermanos, que intentaron pleitear, pero el testamento era inatacable. Por otra parte, sus abogados conocían perfectamente lo bien avenidos que estábamos y él les había hablado de mí en más de una ocasión. Murió hace un año… y, a veces, aún lo recuerdo. Ya te digo que no estuve verdaderamente enamorada de él, pero

llegué a apreciarlo y a quererlo de un modo singular. Sentí mucho su muerte, créeme.

—Tú siempre fuiste una chica maravillosa, Sonia. Tengo la seguridad de que tu esposo pasó a tu lado los mejores años de su vida.

—Yo también lo pienso así, ¡ah! —Exclamó de pronto—, ya llegamos. Espérame en el coche, ¿quieres?

Sonia cortó el contacto, abrió la portezuela, agarró el bolso y saltó ágilmente a la acera. Hall la miró críticamente. Sonia tenía una espléndida figura; era una mujer realmente hermosa. Ella le miró y le dirigió una cálida sonrisa.

—Veinte minutos, máximo —dijo.

Hall asintió. Se arrellanó en el asiento, sacó un cigarrillo y le prendió fuego.

Sonia regresó a los quince minutos. Hall se dio cuenta de que volvía profundamente seria.

—Bryce, por favor, lleva tú el coche. Yo… estoy un poco nerviosa —dijo lacónicamente.

Hall puso cubos de hielo en dos vasos y vertió en ellos ginebra y agua tónica. Estaba en la residencia de Sonia, verdaderamente lujosa, la cual le había hecho saber que su difunto esposo le había legado una gran fortuna. Ella había ido a cambiarse de ropa. Hall se sentía muy preocupado, porque la joven no había despegado los labios durante todo el trayecto.

Minutos más tarde, apareció Sonia. La palidez de su rostro, adquirida después de su visita al médico, había desaparecido en parte, gracias al maquillaje. Ahora llevaba puesta una bata corta, casi completamente transparente, debajo de la cual había el mínimo de prendas indispensables. Sus pies estaban calzados con unas aparatosas chinelas de alto tacón.

Hall le entregó uno de los vasos. Ella bebió nerviosamente.

—Bien —dijo el joven—. ¿Por qué no hablas?

Sonia le lanzó una profunda mirada.

—Es horrible, Bryce —contestó.

—Sonia, yo no quisiera ofenderte… pero fuimos amigos en tiempo y nos teníamos bastante confianza mutua. Si mi pregunta te daña, dala por no formulada, pero… bien, eres una mujer muy hermosa y yo soy un hombre comprensivo. Quizá has tenido

relaciones con otro hombre y… ¿Vas a tener un hijo?

Ella exhaló una amarga carcajada.

—¡Ojalá, Bryce! ¡Ojalá fuese eso que has dicho! —exclamó—. Entonces, me sentiría la mujer más feliz del mundo. Pero, créeme, desde que enviudé, no he vuelto a estar con ningún hombre.

—Entonces, no entiendo… ¿Se trata de alguna dolencia especial? Sonia, hoy día se cura todo, puede decirse.

De pronto, Sonia dejó el vaso sobre una repisa, avanzó hacia el joven y le abrazó apasionadamente.

—No quiero hablar —dijo a media voz—. Las palabras sobran ahora, querido… Lo único que quiero es vivir, vivir… Ayúdame, Bryce…

—Sonia, soy tu amigo. Dime…

—¡Calla! No me hagas preguntas, por lo que más quieras. —Estrechamente abrazada a él, le miró de un modo extraño, con ojos que parecían despedir fuego—. Bryce, ayúdame a ser feliz… Bésame, bésame…

Hall comprendió que Sonia tenía algún grave problema y que, por el momento, no se atrevía a expresarlo. Los blancos brazos que rodeaban su cuello, el cuerpo de atractivos contornos y los rojos labios de la joven eran una serie de atractivos que él no podía ignorar. En el ardiente beso que unió sus dos bocas, había una llamada a la que Hall respondió con toda la fuerza de su juventud.

Mucho más tarde, Sonia se abrazó a él y hundió el rostro en el pecho varonil.

—Bryce, voy a morir —anunció sin más rodeos.

* * *

Hall casi saltó, a causa de la sorpresa recibida.

—¡Sonia! ¿Te has vuelto loca? —preguntó.

Ella no había cambiado de posición.

—El diagnóstico del doctor Studder es absolutamente certero. No ha podido predecir el tiempo que viviré todavía, pero sí me ha dicho que no tengo salvación. Un mes, dos… posiblemente no pasaré de los tres meses.

—Sonia, eso no puede ser. Tienes una salud magnífica —protestó Hall—. Claro que hay enfermedades que no se ven… pero ese médico está completamente equivocado.

—No, Bryce…

Hall se sentó de pronto y la separó un poco, para poder mirarla a la cara.

—Sonia, aunque no me lo has dicho, he podido apreciar que tu esposo te dejó una gran fortuna, ¿no es así?

—En efecto.

—Bien, en tal caso, gástate todo tu dinero si es preciso. Hay otros médicos en el país. Pide que te entreguen tu historial médico. Ve a visitar a otro doctor y a otro y a otro… Alguno habrá que pueda curarte de… ¿Cuál es la enfermedad?

—Por favor, no me preguntes nada…

—Soy tu amigo, tú misma lo has dicho. Contéstame, te lo ruego.

Sonia volvió a ocultar su cara en el pecho del joven.

—Senilidad acelerada —musitó.

—Seni… ¿Cómo? —Respingó Hall.

—Tengo menos de treinta años. En los dos o tres meses que quedan, me volveré horriblemente vieja y moriré de eso precisamente, de vejez.

Hall se quedó helado. Jamás había oído hablar de nada semejante.

—Eso son tonterías —exclamó—. No existe esa enfermedad, Sonia.

—Sí. Llevo ya un mes con pruebas y análisis. Studder me ha dicho que le gustaría equivocarse, pero que, desgraciadamente, los resultados son positivos. Ha hablado de las deficiencias de cierta glándula del cuerpo y…

Sonia lloró un poco. Luego hizo un esfuerzo por serenarse.

—Resulta ridículo, ¿verdad? Morir de vieja a los treinta años —exclamó, riendo casi histéricamente—. Bryce, abrázame fuerte, abrázame…

Ella buscó los labios del joven con avidez. Hall la estrechó contra su pecho. Mientras la besaba, Hall pensó que parecía lógico que Sonia quisiera disfrutar de una existencia que parecía efímera. Pero tenía la convicción de que aquel médico estaba equivocado y como apreciaba muchísimo a Sonia, se formó el propósito de buscar el medio de salvarla.

«La senilidad acelerada no existe», pensó, mientras Sonia le besaba con ardiente pasión.

CAPÍTULO IV

—No he oído hablar jamás de nada semejante —dijo el doctor Langfries—. Sí, hay casos de personas prematuramente envejecidas, pero sucede a causa de circunstancias psíquicas que no han sido capaces de salvar, ni aun con la ayuda de un psiquiatra. También están las personas que trabajan excesivamente o, en ciertos países muy atrasados y con clima tropical, donde a los treinta años una mujer es vieja y el promedio de vida no supera los cuarenta años… Es preciso añadir también una alimentación muy deficiente, cuando no se trata de hambre, pura y simplemente, como pasa en muchas regiones de la India, pero, aquí… Aquí es imposible, Bryce.

Hall se quedó muy pensativo.

—Ella está absolutamente segura, Johnny —dijo—. El proceso de envejecimiento rápido es irreversible.

—¡Tonterías! —exclamó el médico, un hombre joven y emprendedor—. Envíame a tu amiga y verás cómo soluciono su problema. Oh, no es que sea infalible, pero… ¿Cómo dices que se llama, Bryce?

—Sonia Crowley. Tiene mi edad y el aspecto físico es inmejorable.

Langfries sonrió.

—Estás enamorado de ella —dijo.

—Johnny, recuerda lo que me pasó hace pocas semanas.

—Oh, es cierto. Dispénsame…

—Nacimos y nos criamos juntos, aunque ella se casó a los dieciocho años. Enviudó el pasado…

—Bien, bien, como sea, tráetela y yo la atenderé. Bryce, créeme, esa enfermedad no existe porque, sencillamente, es imposible.

Hall se puso en pie.

—Está bien. ¿Cuándo te parece que vengamos?

—Hoy mismo, ¿para qué perder más tiempo? Posiblemente, la

señora Crowley está obsesionada por algo que no se ha atrevido a confesar. Yo trataré de sondearla y averiguar qué es lo que le produce esa psicosis de envejecimiento. —Langfries elevó los brazos al cielo—. ¡Treinta años, la mejor edad del mundo! —clamó.

Hall sonrió. Luego abandonó el despacho de su amigo. Apenas estuvo en la calle, subió al coche y se encaminó en dirección a la residencia de Sonia.

Ella no estaba en casa. Había una asistenta haciendo la limpieza y le informó que la señora Hall había salido y que no sabía cuándo volvería.

—¿Se ha ido de viaje? —preguntó Hall, consternado.

—Sí, señor. Puso un par de maletas en el coche… Pero antes de hacer el equipaje, la oí hablar por teléfono. Creo que iba a embarcar, aunque no sé el nombre del buque…

Hall puso un billete de dos dólares en la mano de la mujer y abandonó la casa. ¿Adónde diablos se había ido Sonia? ¿Cómo había podido hacer caso del que, con toda probabilidad, no era más que un charlatán?

—Estás tan preocupado que hasta hablas solo contigo mismo —sonó de pronto una alegre voz de mujer.

Hall se volvió.

—¡Paula!

Ella se echó a reír.

—No te enojes, pero ofrecías un aspecto tan raro, hablando y gesticulando como un chiflado… ¿Qué te pasa, muchacho?

—Tú tienes razón, guapa; estoy más que preocupado. Tengo una buena amiga… la amistad viene ya de la niñez, ¿comprendes? Bien, el caso es que un charlatán que se dice médico la ha embaucado, probablemente, porque sabe que es poseedora de una gran fortuna y quiere aligerarle de una parte de su dinero. Ella enviudó hará cosa de un año y…

—Será una mujer madura, medio histérica —dijo Paula.

—Nada de esto. Tenemos la misma edad y es guapísima. Y si está histérica, es por culpa de ese matasanos. Paula, tengo la sensación de que ese hombre quiere robarla, para decirlo con palabras bien claras.

—Es cierto, nunca faltan charlatanes… e incluso médicos desaprensivos que se «forran» a costa de pacientes crédulos. Bryce,

si supiéramos el nombre de ese médico…

—Studder —dijo Hall.

—¡Studder! —repitió Paula, atónita.

Hall frunció el ceño.

—Diríase que lo conoces —murmuró.

—¡Claro! Trabajé dos años para él. ¿No te dije que había sido enfermera? Pero también te conté los motivos por los cuales había abandonado la profesión, ¿no es cierto?

—Sí —convino él—. Bien, Paula, puesto que has trabajado para Studder, tú me dirás si es un médico como Dios manda o un charlatán ladrón.

—Bryce, el doctor Studder es un magnífico especialista en geriatría —contestó la muchacha—. Incluso, aunque lo ha llevado en secreto hasta ahora, ha conseguido resultados espectaculares con personas que habían envejecido prematuramente. Pero en otros casos no ha sido tan afortunado. —Ella se puso seria y añadió—: Conozco un caso horrible, el de la pobre señora Faversham.

—El nombre me suena —dijo Hall.

—Es probable. Envejeció rapidísimamente, un caso inaudito, créeme.

—Recuerdo algo de una mujer que murió de vieja en un ascensor…

—Era la señora Faversham. Por lo visto, padecía una deficiencia glandular, que no pudo ser curada. Pero conozco un par de casos en que sucedió a la inversa. Una de ellas era la señora Larrymount. Andaba por los cincuenta y, créeme, cuando terminó el tratamiento, casi parecía una chiquilla. Según oí al doctor Studder se trataba, lógicamente, de casos en que el mismo organismo favorecía el tratamiento. En otros, como en el de la señora Faversham, sucedía todo lo contrario y, además, con muchísima rapidez.

—Entonces, mi amiga está condenada.

—Temo que sí, Bryce. —Había una expresión de simpatía en el rostro de Paula—. ¿La… aprecias? —preguntó.

—Nacimos casi el mismo día, nos criamos juntos y fuimos a la primaria también juntos. Luego ella hizo un buen matrimonio y enviudó el año pasado. —Hall no quiso mencionar los momentos íntimos pasados junto a Sonia—. Son afectos que difícilmente se olvidan —añadió.

—Claro, es comprensible —Paula meneó la cabeza—. Lo siento por tu amiga. ¿Cómo has dicho que se llama?

—Sonia Crowley. Tengo un buen amigo, médico, John Langfries, quien, en cambio, asegura que esa enfermedad no existe. Pese a lo que pueda decir el doctor Studder, John asegura que podría curarla. Volvía de su casa, pero no la he visto. Ha desaparecido.

—Si quieres, tengo amigos en la policía… Podrán buscarla, Bryce.

—No estaría de más. Diga lo que diga Studder y aunque tú pienses que es un buen médico, me gustaría que Sonia fuese examinada por otros, empezando por mi amigo. Sonia tiene dinero en abundancia, de modo que el gasto no puede preocuparle en absoluto.

—Haré lo que pueda —prometió la muchacha—. Pero… sinceramente, los diagnósticos de Studder son punto menos que infalibles. Cuando ha dicho que podía rejuvenecer a alguien, lo ha conseguido. Y viceversa, si su diagnóstico era pesimista, se ha cumplido.

Hall se aterró. No cabía dudar de la sinceridad de Paula.

Por tanto, Sonia iba a morir antes de tres meses.

Y moriría de vieja, cuando todavía estaba por cumplir los treinta años.

* * *

La mujer se tambaleó. Hall pasaba por su lado en aquel momento y la sostuvo cortésmente.

—Gracias, joven —dijo ella débilmente.

—Señora, usted no se encuentra bien —adivinó Hall.

—Es cierto… ¿Le… le importaría ayudarme a llegar hasta mi coche? Lo tengo en el estacionamiento… Es decir, si no le importa pasearse unos metros junto a una vieja…

—Por favor, señora, será un placer. ¿Quiere que la lleve a algún médico? ¿Prefiere un hospital?

Ella hizo un signo negativo. Hall la observó de reojo, mientras caminaban juntos, la mano de la mujer apoyada en su brazo. Tenía unos cincuenta años y su pelo estaba casi completamente blanco. El rostro aparecía lleno de arrugas.

—Se lo ruego —dijo ella—. No… no estoy en condiciones de llevar el coche…

—No faltaría más, señora.

Hall se sentó tras el volante. Ella parecía muy enferma.

—Iremos a un hospital —dijo.

—No, no, a casa, por favor —insistió la mujer.

—Muy bien, señora. Por cierto, me llamo Bryce Hall.

—Elsa Hope.

La señora Hope guardó silencio hasta que llegaron a su casa. Hall se dio cuenta de que le costaba mucho caminar.

—La ayudaré —dijo.

Sentíase notablemente intrigado. Quizá eran ilusiones suyas, tal vez un exceso de aprensiones… pero le parecía que Elsa había envejecido un tanto en los veinte minutos que había durado el trayecto.

Momentos después, entraban en la casa. Hall apreció que era muy elegante y puesta con bastante gusto. Era una mujer de excelente posición económica, se dijo.

Elsa se dejó caer en un diván.

—Buscaré algo de beber… ¿O quizá prefiere café, señora Hope?

Elsa le miró tristemente.

—Me llama señora Hope… Hace una semana, hubiera usado el nombre solamente. No soy tan vieja, señor Bryce.

Hall se sintió repentinamente preocupado.

—Elsa, puesto que prefiere que la llame así, voy a avisar a un médico —dijo con firmeza.

—¡No! Escúcheme… escucha… Me pareces un buen muchacho. Dos veces he estado hoy a punto de caerme, poco antes de que me encontrases… y las dos he sido groseramente rechazada. Uno me llamó «vieja borracha». Me dieron ganas de sacarle los ojos, pero ya no tenía fuerzas… Bryce, abre el cajón derecho de ese *secrétaire*. Encontrarás un talonario de cheques. Tráelo.

Hall obedeció, terriblemente intrigado por la que juzgaba extraña actitud de Elsa. Al acercarse al mueble señalado, vio encima una gran fotografía, enmarcada en plata.

La fotografía reflejaba la imagen de una mujer de treinta y cinco años, todavía muy hermosa. Los rasgos físicos le parecieron conocidos.

Sacó el talonario de cheques.

—Una pluma —pidió ella.

Hall obedeció. Elsa escribió algo en un cheque y entregó el talonario al joven.

—Bryce, yo ya no tengo fuerzas para arrancarlo siquiera —dijo, con voz crecientemente débil—. Te has portado maravillosamente conmigo. Hace algunas semanas… nuestro encuentro hubiera tenido características muy distintas. Hubiera sido algo… apasionante, pero ahora…

Ahora, pensó Hall aterrado, la cara de Elsa parecía la de una mujer de más de sesenta años.

—Bryce, mira aquella fotografía… Así era yo… la semana pasada…

Hall dio un salto.

—¡No es posible! —gritó.

Elsa sonrió con tristeza.

—Sí… Bryce, nos hemos conocido hace pocos minutos… pero te has portado maravillosamente conmigo Tengo… la impresión de que he sido asesinada…

—Llamaré a la Policía.

Elsa levantó una mano.

—No conseguirías nada. Escucha… parte del dinero que te he dado debe servir para que el canalla que me… ha hecho esto… sea castigado… Será muy difícil, pero yo había aprendido a conocer a la gente… Tú eres inteligente; no te dejes engañar por él… Se llama…

Elsa se ahogaba. De súbito, Hall creyó adivinar la verdad.

—¡Studder! —exclamó.

—Sí. ¿Lo conoces?

—No le he visto nunca, aunque he oído hablar de él…

—Es un miserable asesino… un vampiro… Me engañó…

La voz de la mujer se debilitaba gradualmente. Hall bajó la vista un instante.

Respingó. Elsa le había firmado un cheque por cien mil dólares.

—He… he puesto fecha de ayer… de modo que no habrá inconveniente en el banco…

Una chispa de dulzura apareció de pronto en los ojos de Elsa. Sus labios arrugados y sin brillo se distendieron en una sonrisa.

—Si te hubiera conocido una semana… antes…

La voz de Elsa de apagó. Entonces, Hall contempló el

espectáculo más terrorífico que hubiera podido imaginarse.

Elsa envejeció rapidísimamente. Era una transformación que se efectuaba ante sus ojos, como una filmación del envejecimiento en sucesivas etapas, proyectada luego en cámara acelerada. El pecho de la mujer se agitó con leves espasmos.

Un par de dientes se desprendieron de sus encías y rodaron sobre el regazo. Cayeron algunos mechones de pelo, ya completamente blanco.

Momentos después, Hall, aterrado, comprobó que Elsa había dejado de respirar. Ya no era más que el cadáver de una mujer de noventa o cien años.

Durante unos segundos, Hall permaneció inmóvil, abrumado por lo sucedido. Al cabo de un rato, empezó a reaccionar y fue al teléfono.

CAPÍTULO V

Paula Ewing entró en la casa y se detuvo en seco al contemplar el cadáver.

—¿Qué le ha pasado a esa pobre mujer? Parece muy vieja…

Hall fue hacia el *secrétaire*, cogió la fotografía con el marco de plata y la puso ante los ojos de la muchacha.

—Ésta era Elsa Hope la semana pasada —dijo.

Paula le miró como si estuviese delante de un loco.

—Bryce, si se trata de una broma…

—No es una broma. Escucha atentamente, por favor.

Hall habló durante unos minutos. Cuando terminó, Paula se sentía terriblemente impresionada.

—Esto es fantástico —dijo—. Pero no sé cómo pudo acusar a Studder, si yo conozco casos de rejuvenecimiento que te dejarían mudo de asombro.

—Bien, yo no lo dudo en absoluto. Puede que haya conseguido resultados espectaculares en algunos casos. Pero nadie será capaz de contradecirme, al menos en esta ocasión. Cuando la encontré, no aparentaba más de cincuenta años. En una hora, envejeció y murió. Ésa es la realidad de lo ocurrido, aun dejando de lado el hecho de que Elsa acusara a Studder de lo que le pasaba.

—Bryce, Studder es una eminencia. Tiene más clientes de los que podría atender.

—Paula, yo no discutiré ese aspecto de la cuestión. Lo que sí es cierto es que Elsa ha muerto de vieja y que una buena amiga mía puede correr la misma suerte. Hay casos en que, por muy bueno que sea un médico, otro puede encontrar solución para el problema que el primero no sabe hallar.

—¿Quiere eso decir que vas a buscar a Sonia?

—Intentaré conseguirlo —Hall blandió el cheque—. Elsa me dejó este dinero, no sólo como una especie de premio por haberla

ayudado, cuando otros la rechazaron brutalmente, incluso acusándola de borracha, sino porque tenía la seguridad de que Studder era el culpable. Y, ¿qué quieres?, yo presiento que dijo la verdad.

Paula meneó la cabeza.

—Aunque fuese cierto, no conseguiríamos nada —dijo.

—¿Has hablado con tus amigos de la Policía?

—Sí, pero aún no saben nada. Me avisarán a casa o al periódico en cuanto tengan la menor noticia.

—Muy bien. Ahora es preciso que nos ocupemos de la pobre Elsa. Después… dijiste que conocías casos de rejuvenecimiento.

—Exactamente, Bryce.

—Creo recordar que mencionaste a una tal señora Larrymount.

—Clarissa Larrymount —puntualizó ella.

—Iré a verla en cuanto hayamos enterrado a Elsa.

* * *

El coche se detuvo ante un edificio de aspecto corriente, destinado a apartamentos. Hall se apeo y Paula quiso seguirle, pero él la detuvo con un seco ademán.

—No —dijo—. Tú te quedas.

—Bryce, soy periodista…

—Tendrás más tarde toda la información que desees, pero la primera entrevista debe celebrarse a solas.

Paula le miró maliciosamente.

—¿Piensas hacer uso de tu encanto varonil? —preguntó.

—Hermosa, a veces el encanto varonil consiste en un acertado uso de la mano derecha y no acariciando precisamente —respondió él, un segundo antes de cerrar la portezuela.

Momentos más tarde, llamó a una puerta. Alguien le estudió a través de la mirilla.

—¿Quién es? —preguntó la mujer, después de abrir una rendija.

—Me llamo Bryce Hall, señora. Deseo hablar con usted… y no pienso venderle cepillos para la ropa, aspiradores ni seguros de vida.

Ella soltó una risita.

—Siendo así, entre —invitó.

Hall entró en la casa, de aspecto pretencioso, pero decorada en serie. Era la clase de vivienda que correspondía a una mujer del

aspecto de Clarissa Larrymount.

—¿De qué se trata, señor Hall? —preguntó ella.

El joven dudó un instante. Clarissa era una mujer con dificultades en el peso. Seguramente, llevaba debajo una faja demasiado ajustada. El pecho era demasiado voluminoso, aunque el rostro tenía una apariencia muy juvenil.

—Perdón, señora —dijo al cabo—. Mi esposa no se encuentra bien —mintió—. He oído hablar del doctor Studder y me agradaría me diese algunos informes sobre su tratamiento.

Clarissa dio una vuelta sobre sí misma.

—¿Qué le parezco? —preguntó.

—Muy… ejem, muy atractiva, señora —dijo Hall, fingiendo admiración.

—Pues esto es obra del doctor Studder. Voy por los cincuenta años y parezco, tener casi la mitad, ¿no es cierto?

Hall calló un instante. Había algo insincero en la actitud de Clarissa. Si el rejuvenecimiento era auténtico, debía apreciarse en todas las regiones del cuerpo y no sólo en la cara. El cuerpo, pretendidamente esbelto, era mantecoso, con demasiadas adiposidades.

—De modo que todo eso es obra del doctor Studder —dijo.

—En efecto. Pero usted es joven; su esposa debe serlo también; de modo que no tiene por qué recurrir…

—Es que, verá, mi esposa tiene veinte años más que yo, pero es riquísima.

—¡Caramba, qué mujer tan afortunada! —Clarissa puso los ojos en blanco—. Si yo le hubiera pillado antes…

—Usted es pobre, señora Larrymount.

Ella dejó de sonreír.

—Eso parece un insulto —dijo.

—Bueno, un hombre de mi edad no se casa con una mujer veinte años mayor precisamente por amor, sino por el dinero. Me gusta ser claro, ¿comprende? Y como el dinero no es cosa de la que ande escaso, quiero compartirlo con usted, señora Larrymount.

Clarissa le dirigió una mirada glacial.

—¿Qué es lo que pretende, señor Hall?

El joven sacó un rollo de billetes y contó cuatro, que enseñó ostentosamente. «El dinero de la pobre Elsa ha de servir para algo»,

pensó.

—Cuatrocientos dólares —dijo.

—¿Por…?

—Por conocer la verdad, señora.

—¡Pero si ya se lo he dicho! El doctor Studder me sometió a un proceso de rejuvenecimiento…

Impasible, Hall contó dos billetes más.

Clarissa hizo un gesto negativo.

—Bien, seamos francos —dijo él—. Cite una cifra concreta.

—No insista, señor Hall. Lleve a su esposa al doctor Studder. ¿O es que piensa que le estoy mintiendo? Míreme, hombre; mi aspecto es la mejor prueba de cuanto le he dicho. Studder es un mago, créame.

Los ojos de Hall estudiaron el rostro de la mujer durante algunos segundos. Allí había algo raro, se dijo.

De súbito, dejó caer un par de billetes. Los papeles verdosos revolotearon en el aire.

Clarissa desvió la vista instintivamente. Hall aprovechó la ocasión para alargar la mano.

Tiró con fuerza. El pelo y la piel de la cara quedaron en la mano.

Ella gritó horriblemente.

Hall retrocedió un paso. Clarissa tenía la cabeza completamente pelada. Su rostro correspondía en todo a la edad anunciada.

—Le voy a matar… —gritó, terriblemente encolerizada.

Hall levantó una mano.

—Cuidado, Clarissa; puede ser acusada de complicidad en un asesinato —advirtió.

—Yo no he matado a nadie —protestó ella.

—Será mejor que no discutamos este asunto. ¿Cuánto le pagó Studder por aparentar una juventud que no tiene?

Ella remoloneó un poco.

—Bueno, me dio diez mil… dijo que no saliera durante el día… Sólo tenía que desempeñar este papel durante una corta temporada… Compréndalo, yo trabajaba de camarera en un motel. Estaba harta de aguantar bromas de la gente…

—Sí, me lo imagino. ¿Se ha quedado calva?

—Oh, no, simplemente, me paso una máquina eléctrica a diario. Es parte de las instrucciones del doctor.

—El cual le dijo, además, que llevase puesta la máscara cuando pudiera ser vista por alguien.

—Sí.

—Y no debía salir más que por la noche, que es cuando se captan menos los defectos del rostro.

Clarissa asintió.

—Pero yo no he hecho nada malo. Simplemente, si alguien me preguntó, y no han sido muchos, he dicho que el doctor Studder me rejuveneció. En Miami, en Palm Beach, en toda la costa atlántica de Florida hay mujeres maduras, podridas de dinero… ¿Qué les puede importar a ellas unos miles de dólares? Sí, será una estafa, pero a saber cómo ganaron el dinero sus esposos… y no olvidemos que más de una de ellas se habrá quedado viuda antes de tiempo.

—Clarissa, no me dé la nota demagógica —sonrió Hall—. Esto es mucho más serio que una estafa. Puede que se trate también de un asesinato. O varios.

Ella palideció.

—No… no hablará en serio —dijo.

—Me gustaría bromear, pero no puedo. Una última pregunta, Clarissa, por favor.

—Diga, señor Hall.

—¿Hasta cuándo tiene que desempeñar el papel de señora de cierta edad, rejuvenecida milagrosamente?

—Bueno, habló de un par de meses… Están a punto de acabar. Sé de otra que también se hizo la misma cura, pero murió la semana pasada. Fue atropellada por un automóvil.

En aquel mismo instante, Hall concibió un siniestro presentimiento.

—Clarissa, ¿conocía usted a la mujer atropellada?

Ella asintió.

—Se llamaba Nita Lomax. Trabajaba en el guardarropa del Wolf’s.
Tengo entendido que el conductor se dio a la fuga…

Hall sacó de nuevo el rollo de dinero y contó veinte billetes de a cien.

—Clarissa, si quiere vivir, haga su equipaje ahora mismo y abandone Palm Beach. Váyase a mil millas de distancia, a algún lugar donde no puedan encontrarla.

—No me asuste —gritó ella.

—Tengo la impresión de que su amiga Nita murió asesinada. Haga lo que le digo… pero déjeme su dirección, si es que ha tomado ya alguna decisión al respecto.

—Me iré a Medicine Bow, en Wyoming. Tengo allí algo de familia…

—Si la necesitásemos, la llamaría, pagándole todos los gastos. Pero váyase cuanto antes. No responda a ninguna llamada telefónica a partir de este momento. ¿Entendido?

Clarissa parecía muy asustada. Hall paseó los dedos por la máscara, hecha con una perfección tal que parecía piel auténtica. Era muy fina y suave y se acomodaba perfectamente a los entrantes y salientes de la cara de Clarissa. Una espesa capa de maquillaje en los bordes, acentuaba todavía más la sensación de autenticidad, junto con el pelo largo, que cubría las orejas y hasta pasaba un poco por delante de los hombros.

—Váyase, Clarissa —insistió—. Sea quien es y no otra.

Ella tenía los ojos húmedos.

—Si lo hubiera sabido.

—Usted no tenía motivos para sospechar nada. Por cierto, ¿tiene alguna peluca?

—Sí.

—En tal caso, úsela. Voy a quedarme con la máscara.

Clarissa suspiró.

—Ya me parecía a mí que este sueño no podía durar demasiado —dijo—. He tenido un par de… amigos en estas semanas, pero, por las mañanas, cuando estaba sola, tenía que quitarme la máscara y me veía tal como soy…

La mujer ofrecía un aspecto patético y grotesco a un tiempo, con su rostro natural limpio de maquillaje y la cabeza completamente monda. Hall, sin embargo, fue lo suficientemente discreto para no reírse de ella.

—Deme una bolsa para envolver la máscara —pidió.

Momentos después, salía de la casa. Paula le miró con ojos recelosos.

—La entrevista ha durado bastante —comentó—. Pero quizá no haya sido tan fructífera como esperábamos. ¿Te has dejado seducir?

Hall estaba muy serio. De pronto, un coche de la policía se paró

junto al de ellos.

Un hombre de paisano se apeó en el acto.

—Hola, Paula —saludó, inclinado hacia la ventanilla—. Tengo noticias para ti.

—Gracias, Dex. Te presento a un buen amigo, Bryce Hall. Bryce, el teniente Dexter Smith.

—¿Qué tal? —saludó el joven.

—Encantado —dijo Smith—. Paula, la persona por la cual te interesabas embarcó en el yate Chronos, rumbo a Peak Island. Por tanto, no hay motivos para sentir alarma alguna.

—Estupendo, Dex, muchas gracias —sonrió la muchacha.

El policía hizo un gesto con la mano y se marchó. Paula se volvió hacia su acompañante.

—¿Y bien, Bryce?

Las facciones de Hall aparecían contraídas. No sólo recordaba perfectamente el nombre de la isla, sino el del yate en el que había hecho, como polizón, un viaje de ida y vuelta.

—Vamos a casa —dijo de pronto—. Tenemos que hablar, Paula.

CAPÍTULO VI

Cuando Hall hubo terminado su narración, Paula se sintió llena de asombro, pero también horrorizada, porque tenía la convicción de que no había la menor fantasía en el relato que había escuchado.

—Da… dame un trago —pidió.

—Sí, desde luego.

Ella tomó un sorbo. Luego miró al joven.

—De modo que el rejuvenecimiento es una trampa —dijo.

—Sí.

—Pero la senilidad casi instantánea es algo auténtico. De eso no se puede dudar, Bryce.

—No, no hay dudas al respecto. Ahora bien, lo que no entiendo es por qué Studder ha de hacer la trampa de simular el rejuvenecimiento de las personas. Paula, ¿cuántos casos dijiste que conocías?

—Que yo recuerde, dos. Y tenían un aspecto magnífico…

—¿Recuerdas a Nita Lomax?

—Sí, desde luego. Y también a Clarissa Larrymount. Pero no sé de otras mujeres…

—Nita murió atropellada por un automóvil. Sospecho que su utilidad para Studder había terminado ya.

—Parece lógico. Pero si es así, Clarissa corre un serio peligro, Bryce.

—Le di dinero y la aconsejé que se marchase de Palm Beach. Pero, a cambio, me he traído la máscara y la peluca. Todo es una pieza, Paula.

—¿Puedo verla?

—Sí, claro.

Hall abrió la bolsa de plástico y sacó de ella el conjunto de máscara y peluca. Paula alargó las manos.

De pronto, lanzó un agudo chillido.

—¿Qué te pasa? —preguntó Hall.

Ella había soltado la máscara en el acto. Había una rara expresión de asco y repugnancia en su rostro.

—Pa… parece piel auténtica —dijo, muy pálida.

Hall frunció el ceño. Se inclinó, recogió la máscara y la tocó repetidas veces con los dedos.

—Dios mío, si fuese verdad… —murmuró, aterrado.

Hubo un momento de silencio. Luego, Paula exclamó:

—Bryce, ¿a qué espantosos experimentos se dedica Studder?

Hall estaba callado, profundamente concentrado en sus pensamientos. De repente, salió de su abstracción y se encaminó hacia el teléfono.

—Lo sabremos muy pronto —dijo.

Levantó el aparato, marcó un número y aguardó unos segundos. No tardó en oír la respuesta al otro lado de la línea.

—¿Johnny? Soy Bryce Hall. Quiero pedirte un favor… Por supuesto, después me pasarás la minuta… En tu casa, creo, tienes un pequeño laboratorio. Habrá, espero, un micrótomo y un microscopio… No, no es gran cosa; espero que puedas darme tu respuesta en muy pocos minutos. Muy bien, ahora mismo vamos… ¿Qué? Oh, sí, me acompaña una antigua amiga. Es persona de confianza, no te preocupes. Gracias, Johnny, hasta ahora.

Hall colgó el teléfono y se volvió hacia la muchacha.

—Creo que pronto saldremos de dudas —dijo. Guardó la máscara en su sitio—. ¿Vamos?

Paula se puso en pie.

—Cuando se lo cuente a mi redactor jefe…

—Hermosa, de momento creo que sería más conveniente guardar el secreto de lo que sucede. Si alguien tiene que enterarse antes que nadie es la Policía, por supuesto —objetó él, mientras la agarraba por un brazo y la empujaba hacia la puerta.

De repente, cuando ya iba a salir, se detuvo. Ella le miró con extrañeza.

—¿Qué te ocurre ahora? —preguntó.

—Estaba pensando… Bueno, lo compraremos en el camino.

—Pero ¿qué es, Bryce?

—Un soporte de esos que tienen la forma de una cabeza humana y que utilizan las señoras para colocar sus pelucas. Mi… esposa

tenía un par de ellos, pero no sé dónde andarán ahora. Quizá se los llevó, cuando se marchó de casa. Con el pelo tan bonito que tenía… y le gustaba usar pelucas… Hay cosas que no comprendo ni comprenderé jamás —suspiró Hall, mientras abría la puerta.

* * *

El doctor Langfries, enfundado en su bata blanca, estaba encaramado en un taburete, con los ojos fijos en el microscopio binocular. Hall y Paula, sentados en sendas sillas, a cierta distancia, guardaron un respetuoso silencio.

De pronto, Langfries separó la vista del aparato y agarró sus gafas de gruesa montura de oro.

—Confirmado —dijo—. Piel humana auténtica.

Paula emitió un gemido.

—Voy a desmayarme —exclamó.

—No sé qué procedimiento se ha empleado, pero fue separada toda la piel de la cara, con el cuero cabelludo y el pelo. Era una mujer joven, bastante guapa y de cabellos muy largos. La conservación de los tejidos es asombrosa. Realmente, y dejando de lado la monstruosidad que supone, me siento asombrado por la perfección del procedimiento empleado.

Langfries abandonó el taburete y cogió con ambas manos la máscara, de la que había tomado unas muestras diminutas, para el examen microscópico.

—Nadie diría que es piel humana, pero tiene la tersura y suavidad que corresponden a una mujer joven, de dieciocho a veinticinco años —agregó—. Ahora bien, lo que convendría sería averiguar no sólo quien lo hizo, sino el procedimiento empleado…

—Johnny, tú eres especialista en geriatría —dijo Hall.

—Un modesto aficionado —sonrió el galeno—. También actúo en otras especialidades…

—¿Embalsamamiento?

—No, aunque conozco las técnicas.

—Tengo la impresión de que un día vas a llegar a ser una eminencia en estos campos de la medicina —dijo Hall—. Supongo que estarás al corriente de todo lo que se ha hecho hasta ahora en la conservación de las distintas clases de células del organismo humano. Cuando las células envejecen, el hombre envejece también, ¿no es cierto?

—En parte sí, pero en parte es también porque el organismo humano produce menos células de las que mueren naturalmente. ¿Por qué me lo preguntas, Bryce?

—Quizá tengas que atender como paciente a una amiga mía —contestó el joven—. Por favor, ¿tienes algo que se parezca a cera de moldear? Alguna clase de pasta adhesiva. Arcilla o algo por el estilo. Si no es así, la compraremos…

—Tengo pasta para moldear. A veces la necesito, Bryce. ¿Para qué la quieres?

—Tráela. Necesito que me ayudes, Johnny.

Los dos hombres trabajaron durante un buen rato. Cuando hubieron terminado, Paula vio el resultado de la labor y sintió una especie de mareo.

Hall sonrió.

—Johnny, eres médico —dijo—. Recétale una copa.

—Tres —puntualizó el doctor Langfries—. Aunque por mi profesión estoy avezado a muchas cosas, siento también la necesidad de un trago.

* * *

Bryce Hall sacó el objeto que llevaba en la gran bolsa de plástico que había traído en la mano y lo puso sobre la mesa del teniente Smith.

—¿Conoce a esta mujer? —preguntó.

Dexter Smith contempló fijamente la cabeza que tenía trente a sí. Parecía el busto creado por algún escultor, aunque con materiales que no eran precisamente, madera, barro o mármol.

—Es una cara que me «suena» —dijo al cabo—. Paula, ¿qué es lo que pretende tu amigo?

—Dex, eso que estás viendo ahí es la piel del cráneo de una mujer —contestó la muchacha—. Piel del rostro, desde la barbilla hasta las orejas, aunque sin éstas, y el cuero cabelludo con todo su pelo. Ahora venimos de casa del doctor Langfries, íntimo amigo de Bryce, en donde se ha realizado un análisis de sustancia orgánica. Luego, el doctor y Bryce han rellenado con pasta el interior de los huecos de la cara, hasta darle el aspecto aproximado que podría tener en la realidad.

El teniente Smith tenía la boca completamente abierta. Con gran esfuerzo, alargó la mano y señaló el busto.

—¿Eso… es piel humana?

—Con todas las garantías de un médico de reputación intachable —respondió Hall—. Quizá no hemos sabido «rellenar» bien el interior de lo que corresponde al rostro, pero hemos intentado hacerlo lo mejor posible, a fin de traerlo aquí y averiguar si la dueña de esa piel es conocida de la Policía.

Smith se puso en pie y dio la vuelta completa en torno a la mesa, con la vista morbosamente fija en la máscara, que ofrecía ahora la sensación de una cabeza cortada y apoyada sobre el cuello. Luego se encaró con Hall.

—¿De dónde la ha sacado usted? —preguntó.

—Le contaré la historia, teniente…

—Perdón —intervino Paula—. Dex, ¿por qué no pides tus libros de fotografías? Tal vez encontremos algo ya que, además, tú has dicho que esa cara te parece conocida. Mientras, Bryce puede contarte todo lo que pasa.

—Está bien —accedió Smith. Hizo una breve llamada por el interfono y se volvió hacia el joven—. Empiece, Hall.

Un agente de policía entró a poco, con dos enormes libros en las manos. Paula empezó a repasarlos, en tanto Hall hacía un circunstanciado relato de todo cuanto sabía.

Antes de que terminase, Smith alzó una mano.

—Perdón —dijo—. Voy a ordenar que vayan en busca del doctor Studder y que me lo traigan aquí. Luego continuaremos.

Momentos después, Hall continuaba su narración. Al terminar, Smith hizo un gesto pesaroso.

—Una mujer fue asesinada y le quitaron toda la piel de la cabeza, antes de que se enfriase su cuerpo —dijo sombríamente—. Había oído casos de sadismo, pero esto supera a todo cuanto he podido escuchar en casi veinte años de servicio.

—Sí, es realmente horrible —convino Hall—. Me pregunto qué habría dicho Clarissa Larrymount de haber sabido que la supuesta máscara era piel humana auténtica.

—Más vale que no lo sepa o le dará un ataque. Hall, creo que no hizo bien en ordenarla que se marchase de Palm Beach —dijo el policía con severidad.

—Teniente, en aquel momento yo no sabía que la máscara fuese de piel humana. Parece que el instinto femenino es algo que se da

solamente, en las mujeres. Paula tocó la máscara y la soltó en el acto, lanzando un chillido de pánico. Yo la había tenido en la mano y la encontré muy suave al tacto, pero ni siquiera se me había ocurrido pensar la horrenda realidad del asunto. De todos modos, conozco su dirección y puede llamarla cuando quiera, para atestiguar contra Studder. Aunque bien mirado, ¿qué puede decirnos que no sepamos?

»La posible demanda por estafa quedaría muy por bajo de la de asesinato, que es lo que realmente nos interesa. A fin de cuentas, a Clarissa sólo se le puede acusar de haber colaborado en la estafa que el doctor hacía a clientes adineradas, con el truco de su tratamiento rejuvenecedor. Enseñaba fotografías de Clarissa antes y después del tratamiento y si a ésta le preguntaba alguna posible cliente, respondía en el sentido acordado con el doctor Studder.

Smith asintió.

—Sí, es como cuando alguien nos recomienda un producto y alguien dice haberlo probado y nos elogia sus bondades. Luego resulta que los dos están de acuerdo y… —Suspiró—. La modalidad más vieja del timo —añadió.

—Sólo que aquí se trata también de asesinatos, teniente.

De repente, Paula lanzó una exclamación:

—¡Aquí! ¡Me parece que ya la he encontrado!

Smith dio la vuelta a la mesa y se inclinó sobre la fotografía que ella señalaba con el índice. Contempló el retrato unos momentos, alzó la vista, miró la máscara y asintió con vivos gestos.

—Es la misma, no cabe duda. Se llamaba Dahlia Pemberton y trabaja en el Silver Sands. Empezaba en el «oficio».

—¿Qué oficio? —preguntó Paula ingenuamente.

Hall sonrió.

—Usa la imaginación —contestó—. Teniente, habrá que investigar acerca del actual paradero de Dahlia.

—Sí. —Smith habló unos minutos por el interfono—. Lo sabremos muy pronto —añadió—. Pero lo que no comprendo es cómo Clarissa podía ir por ese mundo con la cara de otra persona.

—Eso sería todo, teniente… por supuesto, poniéndonos en el peor de los casos.

Smith sonrió.

—Es usted un excelente psicólogo —contestó—. Sí, eso es lo que

ocurriría, si llegó a suceder. Si me hubiera pasado a mí, habría dicho lo mismo. ¿Cómo se me hubiera ocurrido pensar siquiera que la persona a quien hubiese detenido por creerla una amistad llevase la piel de la cara de ese amigo o amiga?

—Lo cual, a mi entender, prueba la singular astucia de Studder —dijo Hall.

—Era muy listo, en efecto, y sabía conocer bien a las mujeres —intervino Paula.

—¿Llegó a conocerte a ti? —preguntó el joven sonriendo.

—Nuestras relaciones eran muy estrictas. A este respecto, debo declarar que su comportamiento fue siempre inmejorable.

—Seguramente, no querría líos con alguien que pudiera comprometerle algún día —apuntó el teniente. Y en el mismo momento, sonó el teléfono.

Smith levantó el aparato, escuchó unos instantes y luego miró sucesivamente a la pareja.

—Dahlia Pemberton se despidió hace cuatro meses del Silver Sands alegando que había encontrado trabajo en otra parte, y se marchó sin dejar la dirección —manifestó.

Hubo un momento de silencio. Los tres se imaginaban la suerte corrida por Dahlia Pemberton.

El teléfono sonó nuevamente. Smith lo atendió una vez más. Asintió con la cabeza y volvió a dejarlo sobre la horquilla.

—El doctor Studder ha salido de viaje, informó la enfermera a los agentes que fueron a buscarle —dijo—. Según la enfermera, ha marchado a un lugar llamado Peak Island.

CAPÍTULO VII

Howard Netter, redactor jefe del Florida Times, miró por encima de las gafas a la pareja que tenía sentada frente a su mesa. Paula y Hall habían hablado alternativamente, contando al periodista toda la historia.

Paula había expresado también sus deseos. Netter parecía no tener inconvenientes, en principio.

—Quieren ir a Peak Island, de acuerdo —dijo—. Pero ¿ya conocen las características de esa isla?

—El teniente Smith nos ha anticipado algo sobre el particular —declaró Hall.

—Entonces, yo puedo agregar muy poco más —contestó Netter—. Peak Island está a veinte millas de la costa, lo que significa que se halla fuera de las aguas territoriales. Hay un par de islotes en las inmediaciones, pero el lugar habitado más próximo, con una comisaría de policía y un pequeño apostadero de la Marina de Guerra, está lo suficientemente lejos para que Peak Island no se pueda considerar, estrictamente, como territorio de los Estados Unidos.

—¿Quiere decir que Studder es una especie de señor feudal de Peak Island y que nadie puede ponerle la mano encima? —se asombró Hall.

—Teóricamente, así es. Quizá, si se encontrasen pruebas concretas de algunos de sus crímenes, cometidos en el continente, se podría enviar a alguien con la autoridad suficiente para detenerle. Pero sólo hay evidencias muy poco consistentes. ¿Hay alguna prueba de que él haya intervenido en la muerte de Dahlia Pemberton, por ejemplo? En cuanto a las muertes de las mujeres atacadas de senectud, ¿quién podría probar nada?

—¡Pero algo tenemos que hacer! —se sublevó Paula.

—La ley nos ata las manos —contestó Netter—. En lo que a mí

respecta, lo único que puedo hacer es… darles mis bendiciones y desearles la mayor suerte del mundo.

—Ni siquiera podemos probarle la muerte de Nita Lomax —dijo Hall pensativamente.

—Fue un atropello muy bien planeado —declaró la muchacha—. Pero me extraña que no se encontrase la máscara que llevaba, al igual que Clarissa.

—Se la quitaron después de matarla. El atropello tuvo lugar en un sitio oscuro y solitario. Quizá fueron dos y uno se quedó tras el volante, mientras el otro se llevaba la máscara.

—Así tuvo que ser —convino Netter—. Bien, parece que están decididos a viajar a Peak Island.

—Yo, sí, desde luego. Allí está una buena amiga mía y quiero hacer todos los posibles por evitarle morir de vieja —contestó Hall resueltamente.

—Paula —dijo el periodista—, traiga un buen reportaje. Sabremos apreciarlo.

—Pero no diga nada hasta que hayamos terminado. De lo contrario, Studder podría ponerse sobre aviso.

—Sí, guardaremos silencio —accedió Netter.

Minutos más tarde, Hall y Paula abandonaban la redacción del diario. Hall dijo que iba a buscar una tienda de efectos náuticos.

—¿Qué piensas comprar? —preguntó ella.

—En primer lugar, una carta náutica y una brújula. Después, un bote de goma, con un buen motor. Llevaremos también alguna ropa, agua y provisiones, aparte del carburante de reserva… Para algo había de servirme el dinero que me regaló la pobre Elsa Hope. Paula, no quiero que le ocurra nada malo a Sonia, ¿comprendes?

Ella asintió.

—Te entiendo perfectamente —contestó.

La mole sombría de la isla se recortó nítidamente en el horizonte, delimitado por la luz de la luna. Hall redujo el gas y la lancha de goma perdió velocidad.

Un cuarto de hora más tarde, paró el motor.

—A remar, nena.

La distancia hasta la costa era de un cuarto de milla. Todavía faltaban un par de horas para el amanecer. La isla quedaba entre la luna y la balsa, pero, al cabo de un rato, Hall derivó hacia el sur.

Por la silueta, había identificado el embarcadero. Además, había visto una luz, procedente sin duda del Chronos.

—Un nombre muy adecuado —dijo.

—¿Cómo? —preguntó ella.

—Me refiero al yate de Studder. De un modo u otro, Studder juega con la edad de las personas… con el tiempo, y Chronos, en griego, significa tiempo.

—Sí, tienes razón.

Continuaron remando durante media hora más. Al fin, Hall avistó una pequeña playa, bordeada de una espesa vegetación.

—Aquí —decidió.

El silencio era absoluto. Tan sólo se escuchaba el rumor de las olas, que morían mansamente en la orilla. Hall fue el primero en saltar a tierra y retuvo la amarra de la embarcación. Luego, entre los dos, la arrastraron un poco.

—Haremos la descarga en primer lugar —dijo él—. Buscaremos un sitio donde esconder todas las cosas, de modo que no puedan encontrarnos con facilidad. Allí estableceremos el campamento.

—¿Y después?

—Hemos pasado una noche entera en vela. Dormiremos hasta el mediodía.

—Está bien.

En sucesivos viajes descargaron todo el equipo que habían traído en la balsa, incluidas un par de botellas de aire comprimido, que servirían para hinchar la embarcación, ya que, a fin de evitar que fuese vista, pensaban esconderla también entre el follaje, cosa que resultaría mucho mejor cuando estuviese deshinchada.

Amanecía ya cuando dieron la tarea por terminada. Paula, exhausta, se dejó caer en el suelo.

Hall, precavido, cortó una rama, con el cuchillo de caza que figuraba en su equipo y volvió a la playa, para borrar todas las huellas. Luego regresó junto a la muchacha.

—Vamos a comer algo. Luego dormiremos —propuso.

Era casi mediodía cuando, de repente, Hall despertó al oír un gemido en las inmediaciones.

* * *

Paula despertó también. Él le hizo signos de que guardase silencio. Luego, a gatas, se arrastró fuera del campamento, bien

rodeado de maleza y arbustos.

Los gemidos se repitieron. Súbitamente, Hall divisó a una mujer sentada en el suelo, con la espalda apoyada en un árbol.

Era muy vieja y parecía hallarse enferma. La voz de Paula sonó inesperadamente a sus espaldas.

—Debemos ayudarla, Bryce —murmuró.

Hall asintió. Se puso en pie, caminó unos pasos y se arrodilló junto a la mujer.

—Señora.

Ella abrió los ojos.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó—. No pertenecen al personal del sanatorio…

—¿Hay aquí algún sanatorio? —se asombró Hall.

—Sí… el del doctor Studder… Pero no se cura nadie… o casi nadie… Yo me estoy muriendo… de vieja… He venido aquí a morirme; no quiero que me vea nadie… Al menos, si estoy muerta, ya no sentiré vergüenza de que me vean. Pero, aún no sé cómo se llaman, muchachos…

—Ella es Paula Ewing. Yo me llamo Bryce Hall.

—Yo soy… Rosemary Harrow…

—¡Harrow! —exclamó Paula.

—¿Me conoce usted, muchacha?

Paula tardó unos segundos en contestar. Aquella horrible vieja… había sido pocos meses antes una mujer de deslumbrante belleza todavía, pese a hallarse ya en la frontera de los cuarenta años. Viuda una vez, divorciada dos, los pretendientes que acudían al olor de su fortuna eran innumerables.

—Sí, he oído su nombre, señora —dijo al cabo.

Rosemary sonrió.

—Estoy un poco cambiada, ¿verdad? Esta enfermedad no perdona…

—Señora Harrow, dígame, por favor. ¿Está en el sanatorio una joven llamada Sonia Crowley?

—Sonia —repitió Rosemary—. Sí, es muy guapa… Algunos dicen que el doctor Studder bebe los vientos por ella y que la curará, pero…

Súbitamente, Rosemary empezó a farfullar palabras que no se entendían en absoluto. Al mismo tiempo, jadeaba angustiosamente,

como si le faltase el aire.

Paula se tapó la cara con las manos. No quería presenciar el horrible espectáculo que era una mujer que se volvía vieja rapidísimamente.

Al cabo de unos minutos, sintió una mano que le tocaba el hombro.

—Ya ha muerto —dijo Hall.

Paula fijó la vista en el rostro de Rosemary. Sí, ella tenía razón. No quería sentir la vergüenza de que la vieran vieja, muy vieja… con el aspecto de haber cumplido cien o más años.

El cuerpo se había reducido también enormemente. De la mujer hermosa y de figura arrogante que ella había conocido tiempo atrás, sólo quedaba una cosa minúscula que, pese a todo, inspiraba más compasión que repugnancia.

De pronto, se oyeron voces en las inmediaciones.

Hall reaccionó en el acto y agarró una de las muñecas de la joven, tirando de ella hacia el refugio.

—Silencio —aconsejó—. No hagas el menor movimiento.

Momentos después, oyeron las voces con toda claridad. Eran de hombre.

—Me pregunto dónde se habrá metido esa fulana —dijo uno.

—No puede andar demasiado lejos. Estaba ya en las últimas.

—Bueno, ya la encontraremos… ¡Mírala, ahí está!

Los dos hombres se detuvieron frente al cadáver, sin apercibirse siquiera de que eran observados desde diez o doce metros de distancia. Uno de ellos meneó la cabeza.

—Se ha convertido en una pasa —comentó.

—Sí, está un poco arrugada —rió el otro—. Pero ¿qué quieres?, es la vida, Jay Tilton.

—¿La vida o…?

—Jay, no te rompas la cabeza. Tienes un sueldo principesco, así que lo que pase aquí no debe quitarte el sueño.

—Pero un día pueden descubrirnos…

—Puede que suceda y puede que no, pero, en el peor de los casos, no podrían hacernos nada. Estamos fuera de límites, ¿comprendes?

—Barrycoe, ¿sabes lo que pasaría si nos descubriesen? —preguntó Tilton.

—No, dímelo, por favor —pidió el otro con aire de suficiencia.
—Sencillamente, nos tendríamos que quedar aquí toda la vida.
—Bueno, ¿y qué? No se vive tan mal, creo yo. Precisamente, ando rondando a una camarerita que… Bueno, vamos al asunto; no podemos perder ya más tiempo. Agárrala de las patas.
Paula se estremeció al captar la irrespetuosidad de las palabras del llamado Barrycoe. ¿Qué clase de gentes tenía Studder a su servicio?
—¿Adónde la llevamos? —preguntó Tilton.
—El comedero de los tiburones está a menos de trescientos metros.
Hall sintió un escalofrío. Rosemary iba a acabar devorada…
—Y aunque no es más que piel y huesos, a «Sandy» le dará igual. Ése sería capaz de comerse la cola, si pudiese volverse lo suficiente para mordérsela —rió Barrycoe desvergonzadamente.
Los dos hombres se alejaron con su fúnebre carga. Paula se mordió los labios, mientras miraba al joven con expresión afligida.
—Bryce, cuando yo conocí a Studder era un hombre amabilísimo, correcto, lleno de atenciones para todo el mundo… ¿Cómo es posible que se haya vuelto tan desalmado? —preguntó, después de unos minutos de silencio.
—Paula, ya no cabe la menor duda de que, en cierto modo, Studder llevaba una doble vida —contestó él—. No hay otra explicación, ¿comprendes?
—Sí —dijo ella desmayadamente—. Oye, han mencionado el comedero de los tiburones…
—Ya te conté lo que sucedió delante de mis ojos. Probablemente, «Sandy» es el tiburón gigante que devoró a Roddy y a Marylou. No me extrañaría en absoluto que Studder le hubiera acostumbrado a venir en busca de su comida.
—¿Cómo pudo conseguirlo, Bryce?
—¿No te lo imaginas? Si tú encuentras un perro abandonado, medio salvaje, y le das comida con cierta regularidad, ¿no acabarás por domesticarlo?
—¡Bryce! No irás a decirme que Studder ha domesticado a ese tiburón —se espantó la muchacha.
—Por supuesto que no, pero sí le ha habituado a venir al estanque en busca de comida. Probablemente, «Sandy» andará

ahora en el mar abierto, pero, en cuanto el cadáver de Rosemary caiga al agua, se producirá un chapoteo, cuyas vibraciones llegarán muy lejos. «Sandy» las percibirá e identificará en el acto el origen de las vibraciones. Figúrate el resto.

—Siento náuseas —se quejó ella.

—No has venido aquí para ver escenas tiernas —dijo Hall crudamente.

—Sí, tienes razón, dispénsame. Bryce, ¿qué hacemos ahora?

—Aguardaremos un rato, por si a esos dos brutos se les ocurriese volver por este camino. Luego iniciaremos la exploración.

CAPÍTULO VIII

Caminaban con gran cautela, deteniéndose a escuchar de cuando en cuando. Paula se había vestido adecuadamente y usaba pantalones largos, botas y una cazadora de sarga, con sombrero blando del mismo tejido. La indumentaria de Hall era muy similar.

—Bien, vamos a explorar —dijo ella, de pronto—. Pero no me has dicho el resto de tu plan.

—Es bien sencillo: localizar el lugar donde se encuentra Sonia Crowley y traérnosla al campamento. Luego la llevaremos al continente y la pondremos en manos del doctor Langfries.

—Bryce, si esa chica está atacada de la misma enfermedad que Rosemary Harrow, tu amigo no podrá hacer nada —dijo Paula con pesimismo.

—Quizá sí, quizá no… pero recuerda lo que nos dijo Rosemary. Studder parece enamorado de Sonia. Paula, para mí, esa enfermedad es provocada. Trata de comprender el resto.

—¿De veras crees…?

—La señora Faversham era muy rica. Elsa Hope también. Sonia heredó una gran fortuna de su esposo. Rosemary Harrow era asimismo enormemente rica. De momento, no conozco más casos, pero ¿cuántas mujeres más no habrán muerto después de haber dejado o entregado a Studder importantes sumas de dinero?

Paula se quedó muy pensativa.

—Es un motivo muy aceptable —dijo.

—Celebro que lo comprendas —sonrió él.

—Lo que nunca comprenderé es cómo un hombre de la categoría intelectual de Studder sea un asesino… haya sido capaz de poner su inteligencia al servicio del mal…

—Nena, la cantidad de hombres inteligentes que han puesto sus conocimientos al servicio del mal, sobre todo si había de ser en provecho propio, es infinita. Cuando empieces a meterte esto en la

cabeza, entenderás mucho mejor las cosas.

Ella asintió. Sí, Bryce tenía toda la razón. Era muy posible que Studder hubiese hecho algún descubrimiento científico y lo aprovechase en beneficio propio… asesinando de la forma más espantosa a personas con grandes fortunas.

De pronto, sintió que la mano de Hall se apoyaba en su brazo.

—Quieta —susurró él—. Creo que ya hemos llegado.

A través del follaje, Paula entrevió una casa de ciertas dimensiones y otras algo menores. Hall, por su parte, divisó un árbol de grueso tronco a corta distancia y avanzó hacia él sin vacilar.

* * *

La mano derecha de Hall tiró de Paula y la hizo alcanzar la horquilla del árbol, situada a unos cuatro metros del suelo. Luego, él eligió una rama un poco más alta y se descolgó la mochila que llevaba a la espalda.

Los edificios estaban a unos doscientos metros. Hall sacó unos pequeños gemelos de la mochila y recorrió con la vista el conjunto de edificaciones. Saltaba a la vista que no todas las construcciones habían sido levantadas por Studder.

Había una casa grande, con dos pisos y tejado rojo, que evidentemente había sido edificada hacía muchos años, aunque ahora se veía en excelente aspecto, probablemente por haber sido restaurada. En torno a la misma, formando una especie de semicírculo, había cuatro pequeños *bungalows*, evidentemente de traza muy moderna y, seguramente, construidos con elementos prefabricados.

Delante de la casa había una gran piscina, rodeada de césped, junto a la cual pereceaban algunas personas de ambos sexos. Ninguna de aquellas personas era el doctor Studder.

Hall siguió explotando con los prismáticos. Eran de cinco aumentos, con lo que la distancia quedaba reducida prácticamente a unos cuarenta metros. De repente, Paula advirtió que el joven se ponía rígido.

—¿Qué pasa, Bryce? —preguntó con un susurro.

Hall hizo un gesto con la mano libre. La imagen de Sonia Crowley acababa de aparecer en su campo visual.

Sonia se hallaba en una de las habitaciones del piso superior,

cambiándose de ropa. Para Hall, el aspecto de la joven era enteramente normal.

Siempre había sido una mujer de cierta inteligencia. ¿Cómo había podido aceptar la gigantesca mentira que eran algunas declaraciones de Studder?

—Estoy viendo a Sonia —susurró él.

—Por favor, déjame…

Hall pasó los prismáticos a la muchacha. Paula los enfocó hacia la habitación de Sonia, quien se hallaba vestida solamente con prendas íntimas.

—Oye, es muy guapa —dijo.

—Siempre lo fue —contestó él.

De pronto, Paula vio a un hombre que entraba en la habitación de Sonia.

Ella corrió a buscar una bata. El hombre la abrazó apasionadamente.

—¡Studder! —exclamó, sin poder contenerse.

Hall le quitó los prismáticos. Sonia y Studder estaban estrechamente abrazados, lo que le hizo sentirse indignado.

—¿Cómo puede haber cedido…?

Los labios de Studder recorrían codiciosos la blanca piel del cuello de Sonia. De pronto, Hall advirtió la pasividad de la joven.

Sonia le dejaba hacer sin corresponder en modo alguno a las ardientes caricias masculinas. De pronto, Studder dio un salto, alargó la mano y corrió las cortinas.

Hall lanzó un juramento.

—¿Qué ocurre ahora? —preguntó Paula, tremendamente intrigada.

—Studder ha corrido las cortinas. Imagínate el resto —contestó él, muy disgustado.

—Bueno, si se gustan… Bryce, ¿y si ella estuviese de acuerdo? —sugirió Paula repentinamente.

—No, no puede ser. Es imposible, no acabo de creerlo… Era una chica estupenda…

—¿Estás enamorado de ella?

—Paula, ¿has oído hablar alguna vez de la amistad?

—Sí, y también he oído decir a veces que la amistad entre un hombre y una mujer acaba muchas veces en algo más profundó —

respondió ella maliciosamente.

Hall guardó silencio unos momentos. Había algo que le extrañaba sobremanera: la pasividad de Sonia.

¿Por qué permitía que Studder…?

De pronto creyó haber hallado la solución…

—Sí, eso tiene que ser —murmuró.

—¿Qué, Bryce?

—Está drogada.

—Pero, Bryce…

—Drogada, hipnotizada, sugestionada… Lo que quieras, pero Sonia no es dueña por completo de sus actos. La conozco bastante bien, créeme. Ella no aceptaría convertirse en la amante de Studder, a menos que éste le obligase por algún procedimiento que desconocemos.

—A veces, Studder empleaba drogas para curar a sus pacientes —murmuró ella.

—¿Lo ves? Paula, a la noche vendremos aquí para intentar el rescate de Sonia. Ahora bajaremos del árbol y retrocederemos unos cientos de metros, hasta encontrar un lugar donde poder aguardar sin ser vistos. El campamento queda demasiado lejos…

—Bryce, eres un mal estratega. Son apenas las dos de la tarde y yo tengo hambre y sed.

—¡Oh! —Masculló el joven—, tienes razón; no se me ha ocurrido traer algo de comida. Y conviene reponer fuerzas, para encontrarnos a la noche en plena forma.

—Celebro que pienses así. Pero, además, has de tener en cuenta otra cosa.

Paula señaló con la mano la valla de alambre que contorneaba la cima de la isla.

—Quizá haya una puerta, pero sospecho que no podremos emplearla —añadió.

—¡Oh!, eso no tiene la menor importancia. Supuse que podríamos encontramos con algún obstáculo de esta clase y vine prevenido.

—Eres estupendo —sonrió ella—. De buena gana, te daría un beso…

—¿Y por qué no lo haces?

Paula rió suavemente y empezó a descolgarse del árbol.

—Hablaba en metáfora —dijo.

—Hay metáforas que no me gustan —rezongó él.

—Conténtate con imaginártelo.

* * *

Después de tomar unos bocados y saciar la sed, descansaron un buen rato. Hacia las seis de la tarde, cuando quedaba una hora de luz, Hall dijo que ya era hora de volver a la cima, para intentar el rescate de Sonia.

—Antes me gustaría ver el estanque de «Sandy» —manifestó Paula.

—Bueno, no está demasiado lejos —accedió él.

Caminaron costeando, hasta llegar al punto deseado.

Paula quedó admirada de la belleza de aquel lugar, pero, al mismo tiempo, se estremeció al pensar en que un tiburón gigante lo frecuentaba casi constantemente.

—Con lo bonito que sería bañarse ahí —suspiró.

—Si yo fuese el dueño de esta isla, haría tapar el túnel casi por completo, dejando un pequeño boquete, de unos diez o quince centímetros para que se renovase el agua del interior —dijo Hall.

De repente, sonaron voces en las inmediaciones.

Hall tiró inmediatamente de la mano de la muchacha.

—Aquí, Paula —susurró.

Estaban en el lado meridional del estanque y ya no tenían tiempo de correr al bosque. Hall divisó un saliente rocoso, que se elevaba cosa de un metro sobre el nivel medio del contorno del estanque. Era un buen sitio para esconderse.

Dos hombres aparecieron de pronto ante su vista. Tanto él como Paula los reconocieron en el acto.

Pero ahora había alguna diferencia entre los sujetos. Uno de ellos caminaba con las manos en la nuca, delante del otro que le apuntaba con un revólver de cañón corto.

—Barrycoe, tú no puedes hacerme esto —dijo Tilton gemebundamente.

—Lo siento, me pagan bien y obedezco —contestó el otro con frío cinismo.

* * *

Hall adivinó en el acto las intenciones de Barrycoe. Mataría a Tilton de un tiro en la nuca y arrojaría su cadáver al estanque.

«Sandy» se encargaría del resto.

Paula le dio un codazo, como indicándole que hiciese algo. Hall no estaba armado, por lo que un ataque con las manos desnudas sólo podía terminar en un sangriento fracaso.

Los dos hombres llegaron al estanque, situándose en el borde, a menos de diez metros del lugar en donde se escondía la pareja.

—Barrycoe, por última vez… —rogó Tilton—. Deja que me esconda, no diré nada, no te comprometeré…

—Jay, si te dejo ir, Ferdy me traerá aquí, ¿comprendes?

Hall se preguntó quién podría ser aquel Ferdy, pero en aquellos instantes estaba mucho más ocupado pensando en la forma de salvar a Tilton. De repente, notó un pedrusco que se movía ligeramente.

Era bastante grande, como un coco. Hall lo cogió con la mano y se puso lentamente en pie.

Paula le contempló en silencio, conteniendo la respiración. El revólver de Barrycoe empezaba ya a alzarse, cuando Hall echó el brazo hacia atrás.

Barrycoe soltó una risotada.

—¡Mira, parece que «Sandy» nos ha olfateado! —exclamó—. Esa fiera es insaciable…

De pronto, soltó un rugido y se tambaleó. La piedra había volado con terrible fuerza, alcanzándole en el hombro derecho.

El brazo quedó de repente sin fuerzas y el revólver cayó al suelo. Asombrado, Tilton se volvió, encontrándose con que Barrycoe estaba desarmado.

Tilton reaccionó fulgurantemente. Agarró a Barrycoe por un brazo y tiró de él con todas sus fuerzas, a la vez que giraba en redondo.

Barrycoe lanzó un desgarrador alarido cuando se encontró inesperadamente volando por el aire. Cayó al agua con gran chapoteo y se sumergió un par de metros, para reaparecer a los pocos instantes.

—¡Ayúdame, Jay! —chilló, mientras nadaba hacia las rocas.

De repente, sonó un espeluznante alarido.

Barrycoe alcanzaba ya la orilla cuando las mandíbulas del tiburón se cerraron por primera vez sobre su pierna izquierda, casi a ras de la cadera. Aunque en el primer instante no sintió apenas

dolor, comprendió sin embargo lo que había pasado.

Un terrible *shock* le dejó sin fuerzas. El tiburón atacó de nuevo, casi con medio cuerpo fuera del agua, y mordió en el hombro izquierdo. Tilton se volvió para no contemplar la horripilante escena.

Barrycoe se sumergió en un líquido enrojecido con su propia sangre. Ya no sintió el tercer ataque del escualo.

CAPÍTULO IX

Jay Tilton contempló con asombro a la pareja que surgía de un modo totalmente inesperado en aquellos parajes. El instinto le hizo comprender que eran sus salvadores.

Hall se asomó un segundo al estanque. El tiburón se movía perezosamente en unas aguas todavía manchadas de rojo. Inmediatamente, apartó la vista de aquel lugar, en donde aún se veían restos humanos flotando.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó Tilton.

Antes de contestar, Hall se agachó, recogió el revólver y lo metió en la pretina de los pantalones.

—Ella es Paula Ewing. Yo soy Bryce Hall —dijo—. ¿Por qué le han traído aquí?

Tilton se pasó una mano por la cara.

—Sospecho que han venido a causa de lo que sucede en esta maldita isla —contestó.

—Sí, es cierto.

—Empezaba a ser demasiado para mí. Esto es una fábrica de cadáveres. El doctor Studder dice que cura a sus pacientes, pero es un solemne embustero. Lo único que hace es limpiarles su cuenta corriente. Luego los mata.

—¿Cómo? —preguntó Paula.

—No lo sé. Es un verdadero demonio. Emplea… una droga y hace que sus pacientes se vuelvan viejos en pocos días, horas, a veces.

—Pero ¿es que ninguno se da cuenta de lo que sucede realmente?

—Studder los tiene embaucados. A muchos les ha dicho que vengan aquí para disfrutar de un final feliz de sus vidas. Ellos se resignan…

Hall se acordó inmediatamente de las escenas que había

presenciado durante su primera estancia en la isla.

—No acabo de comprender cómo se portan con tanta mansedumbre —manifestó.

—El doctor dice que está investigando para rejuvenecerles, después de que han contraído esa misteriosa enfermedad de la vejez. Varios de ellos vieron a dos personas que habían logrado recobrar su juventud. Aquí hay una mujer también que está en sus mismas condiciones. Esa esperanza les mantiene poco menos que atados al doctor.

Paula asintió.

—Siempre se piensa que uno podrá salvarse —murmuró.

—Exacto —confirmó Tilton—. Pero eso no es así; unos duran más que otros, es lo único que pasa. Al final, todos mueren de viejos, aunque sean muy jóvenes.

—Jay, ¿quién es ese Ferdy al que le he oído nombrar? —preguntó Hall.

—El ayudante del doctor, tan demonio como él. Creo que es de origen húngaro o algo por el estilo. Se apellida Szulvóry, es todo lo que sé.

—¿Conoce usted a la señora Crowley?

—Sí. Es la amante del doctor. También padece la misma enfermedad, pero Studder asegura que la curará.

Hall apretó los labios.

—A Sonia le han hecho algo —dijo—. Ella no habría aceptado semejante indignidad, de poder decidir libremente.

Tilton se encogió de hombros.

—Eso es todo lo que sé —contestó.

Hall le miró fijamente.

—Jay, le hemos salvado la vida —dijo—. Hemos venido aquí a rescatar a la señora Crowley. Puesto que no está conforme con lo que sucede en Peak Island, supongo que no tendrá inconveniente en ayudamos.

—Desde luego, aunque no sé yo qué podría hacer…

Hall movió una mano.

—Será mejor que nos marchemos de aquí. Esto queda al descubierto —dijo.

Instantes después, hizo una pregunta a Tilton:

—¿Hay alarma en la valla alambrada?

—No. En realidad, es cosa del anterior propietario de la isla. A veces, vienen algunos turistas o pescadores. El dueño no quería que invadiesen la zona donde tenía su residencia. De lo contrario, hubiera tenido que mantener una compañía entera de guardias armados.

—Sí, demasiado gasto —convino Paula.

—Jay, usted ha dicho que esta isla tenía un propietario —habló el joven.

—En efecto, pero murió y se la dejó al doctor en su testamento, para que estableciese aquí un sanatorio donde curar a las personas atacadas de la enfermedad de la vejez. Yo no lo he conocido, aunque sí sé que murió de esa misma enfermedad.

Hall y Paula cambiaron una mirada.

—No se pierde una —suspiró ella.

El joven asintió. Luego se volvió hacia Tilton.

—Jay, tenemos nuestro campamento muy cerca. Ahora usted nos va a hacer una pequeña descripción de la casa, a fin de que podamos movernos en la noche sin demasiadas dificultades.

—Como usted diga, señor Hall.

* * *

Agazapado junto a la valla, Hall empezó a cortar los hilos metálicos hasta conseguir una abertura suficiente para poder pasar sin dificultad. Minutos más tarde, estaba al otro lado.

Paula le siguió inmediatamente. A Tilton le habían dejado en el campamento, ya que no convenía que fuese visto. Una vez hubieron cruzado aquella frontera, corrieron silenciosamente hacia la casa grande, en la que se veían varias ventanas iluminadas en la planta baja.

De pronto, cuando ya alcanzaban la esquina, vieron venir a dos hombres.

—Ese Barrycoe tenía que ser tonto a la fuerza —dijo uno de ellos.

—Sí —contestó el otro—. Sólo así se comprende su desaparición. Seguramente, Tilton forcejeó con él junto a la orilla y ambos cayeron al agua. El resto lo hizo «Sandy», doctor.

—Bueno, esto nos libra de preocupaciones. Tarde o temprano, Barrycoe hubiera tenido que seguir el mismo camino. ¡Ah, Ferdy!; suba al primer piso y tráigase a Fanny.

—Sí, doctor. ¿Quiere hacer una demostración?

—Exactamente.

Szulvóry lanzó una risita.

—Se quedarán boquiabiertos —dijo, justo en el momento en que entraban en la casa.

Hall y la muchacha quedaron en el mismo sitio durante unos segundos. Luego, él retrocedió unos pasos y miró por encima del borde de la ventana más próxima.

El antepecho estaba a poco más de metro y medio del suelo. Había unas cortinas cerradas parcialmente, pero, por otra parte, el tejido no era demasiado espeso. Hall levantó ligeramente el bastidor, a fin de poder escuchar lo que se hablaba en la habitación que tenía a la vista.

Era un gran salón, con un par de amplios divanes y varias butacas. Había media docena de personas de ambos sexos, sentados con aparente indolencia, algunos de ellos con copas en las manos. Sin embargo, había preocupación en sus rostros.

Sonia no aparecía entre los congregados. Hall pensó que debía de hallarse en su dormitorio.

La puerta se abrió de pronto.

—Buenas noches, amigos míos —saludó con afabilidad el doctor Studder.

Un par de asistentes contestaron desganadamente. Los demás le contemplaron con curiosidad.

—No todo está perdido —siguió Studder—. Aunque en los últimos días hemos tenido bajas muy sensibles, mis investigaciones van por el buen camino. Precisamente esta misma noche voy a darles una prueba de lo que acabo de manifestar.

—¿Ha conseguido detener el proceso de envejecimiento, doctor? —preguntó una mujer de edad, erguida a medias y con las manos crispadas sobre los brazos del sillón.

—En el presente caso, sí, y no olviden tampoco que todos ustedes pudieron ver y hablar con dos personas en las que había logrado también el éxito. No obstante, y aunque ello me desagrada, por lo que significa de fracaso para mí, es preciso admitir que no siempre he podido conseguir el éxito deseado.

«Labia no le falta», pensó Hall, con los ojos a ras del antepecho de la ventana.

Paula estaba a su lado, conteniendo la respiración en ocasiones. De repente, se abrió de nuevo la puerta del salón.

Un hombre y una mujer se hicieron visibles. Ella era joven, de formas exuberantes y abundante pelo rubio.

Sonaron varias exclamaciones de admiración. Studder sonreía satisfecho.

—Damas y caballeros, tengo el gusto de presentarles a Fanny Laughlin —dijo.

La rubia inclinó la cabeza un par de veces.

—Hola, amigos —saludó, sonriente.

Un hombre se levantó, dio unos pasos y miró fijamente a la rubia.

—Es increíble —exclamó. De pronto, se volvió hacia Studder—. Doctor, ¿logrará curarme?

—Haré lo que pueda, señor Hendrikson —contestó el interpelado con gran amabilidad—. Simplemente, he traído a la señora Laughlin, para infundirles esperanzas. La dolencia que padecen ustedes es gravísima y, en muchas ocasiones, incurable. Mi deber es serles absolutamente franco, pero, al mismo tiempo, creo también decirles que no deben perder la esperanza jamás.

Sonaron varios murmullos. Studder contestó a varias preguntas. Luego dijo:

—Bien, creo que es la hora de cenar, amigos míos. Pasemos al comedor.

El salón se despejó en pocos instantes. Hall y Paula se miraron mutuamente.

—Fanny es otra estafadora —dijo él a media voz.

—Sí —convino la muchacha—. De eso no cabe la menor duda. Pero lo peor de todo es que alguna mujer ha muerto para que ella lleve su máscara.

Hall meditó unos instantes. Estuvo inmóvil un rato y luego, decidiéndose súbitamente, terminó de alzar el bastidor.

—Vamos a buscar a Sonia —dijo—. A fin de cuentas, para eso hemos venido a Peak Island.

Tomó impulso y saltó al otro lado. Luego se volvió para ayudar a la muchacha. Segundos después, se hallaban en el interior de la casa.

Hall corrió hacia la puerta del salón, que sabía daba al gran

vestíbulo. Abrió ligeramente y oteó el panorama. La escalera que conducía al piso superior estaba a ocho o diez pasos de distancia.

De pronto, una mujer apareció con una sopera en las manos. Hall cerró la puerta. Debía de ser una de las empleadas del supuesto sanatorio. ¿Cómplice de Studder?

Era un dato sin importancia por el momento. La sirvienta entró en el comedor y salió a los pocos momentos. Cuando hubo desaparecido de la vista, Hall agarró la mano de la muchacha y tiró de ella.

—¡Arriba, de prisa! —exclamó.

* * *

En el comedor, Fanny Laughlin arrugó repentinamente la nariz.

—¿Le sucede algo, Fanny? —preguntó Studder, solícito.

—No, nada doctor…

Fanny continuó tomando la sopa. Pero unos minutos después, volvió a hacer los mismos gestos.

Studder pareció darse cuenta de que algo no iba bien.

—Sin duda se encuentra indispuesta, Fanny —dijo—. Será mejor que suba a su habitación y se acueste un rato. Luego subiré a visitarla.

Szulvóry se puso en pie.

—Yo la acompañaré —se ofreció galantemente.

Fanny y el ayudante salieron del comedor.

—¿Qué diablos te pasa? —preguntó Szulvóry.

—No sé… Todo el rato estoy oliendo a demonios… Parece como si hubiese una cloaca cerca y se hubiese reventado.

Szulvóry frunció el ceño.

—Espera en tu habitación —ordenó secamente.

—Esto no me gusta, Ferdy —se quejó ella.

—Tranquila, chica; el doctor lo arreglará en un santiamén.

Fanny se dirigió hacia la escalera y subió al primer piso. Aquel horrible olor no se despegaba de su pituitaria.

* * *

Hall y Paula llegaron al primer piso. El joven tenía ya precisas nociones sobre la disposición interior del edificio y se encaminó directamente hacia la puerta de la habitación de Sonia.

Abrió de golpe. Sonia estaba sentada en un sillón, con un libro en las manos. Al ver a Hall se puso en pie de inmediato.

—¡Bryce! —exclamó.

Hall se volvió hacia Paula.

—No cierres del todo. Vigila —indicó.

—Está bien, Bryce.

Hall avanzó hacia Sonia y tomó sus manos.

—Hemos venido a rescatarte —anunció—. Esta misma noche, te llevaremos al continente. Tengo un buen amigo, médico, y te curará.

—Bryce, eso que dices es algo imposible. El doctor Studder me ha desahuciado.

—¡Tonterías! Todo eso que te ha dicho no es más que un engaño, un timo asqueroso para sacarte el dinero…

—Pero yo he visto morir a personas que envejecían súbitamente.

—Sonia, si eso fuese cierto en tu caso, ¿vendría Studder a visitarte?

Ella enrojeció vivamente.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó.

—Lo he visto.

Los brazos de la joven cayeron laciamente.

—No puedo negarlo —contestó—. Pero él me es indiferente… Todo me da igual; no me importa ya lo que pueda pasar. Aún tengo buen aspecto, pero dentro de un mes… quizá la semana próxima…

Hall estudió el rostro de la joven. Sonia aparecía muy pálida, pero no se veía en ella el menor signo de envejecimiento.

—Studder es un asesino —dijo.

—He visto a una mujer que ha conseguido salvarse. Está muy joven, a pesar de que tiene más de cuarenta años… No siempre tiene éxito en todos los casos, pero, a veces… Sé de dos mujeres más que también se salvaron…

—Sonia, es una gigantesca farsa. Una de esas mujeres, Nita Lomax, murió atropellada por un automóvil. La otra…

De pronto, Paula llamó la atención de Hall.

—Bryce, alguien sube por la escalera —dijo.

Hall corrió hacia la puerta. Casi en el mismo instante, vio a Fanny Laughlin que alcanzaba el pasillo.

Fanny desapareció por una puerta situada a corta distancia. Hall concibió una idea y se volvió hacia la muchacha.

—Paula, quédate con Sonia. Cuéntaselo todo —pidió.

—¿Adónde vas? —preguntó ella.
—Quiero hablar con la señora Laughlin.

CAPÍTULO X

Fanny destapó una botella, llenó una copa y la vació de un trago. Aquel maldito olor no se despegaba de su nariz, pensó, muy fastidiada.

De pronto, oyó una voz a pocos pasos de distancia.

—¡Hola!

Fanny se volvió rápidamente.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Me llamo Bryce Hall y quiero preguntarle cuanto le ha pagado el doctor Studder por desempeñar la comedia.

Ella retrocedió un paso.

—Entonces, lo sabe…

—Sí. He conocido a dos mujeres en sus mismas condiciones. Una de ellas fue asesinada, porque ya no servía a los planes de Studder. La segunda pudo salvarse, porque llegué a tiempo. Usted está aquí sólo para engañar a los pobres ilusos, que vacían sus bolsillos en beneficio de un desaprensivo. Apuesto algo a que tiene la cabeza afeitada.

—¡Rayos, sí! Oiga, usted lo sabe todo —exclamó Fanny.

—Todavía sé más cosas —sonrió Hall—. Apuesto algo a que le pagaron diez mil dólares por desempeñar la comedia.

—No podía desaprovechar la ocasión, compréndalo. Total, sólo se trataba de «limpiar» a unos tipos crédulos…

—Demasiado crédulos, Fanny, porque esa enfermedad que los mata de viejos, a veces en pocas horas, no es sino producto del doctor Studder. En resumidas cuentas, son asesinatos.

—No acabo de entenderlo —objetó Fanny—. Si sólo quiere estafarlos, no tendría necesidad de eliminarlos.

—Alguno de ellos podría ir en busca de otro médico y la verdad quedaría al descubierto. ¿Cree que eso le conviene a Studder?

—Evidentemente, no.

—Celebro que lo comprenda, Fanny. Oiga, aquí huele espantosamente —dijo Hall.

—Algo pasa en este maldito caserón —rezongó ella—. Empezó esta tarde y no puedo quitarme el hedor de las narices.

Hall frunció el ceño.

—Fanny, a usted sólo le han visto la cara —dijo.

—Claro. ¿Acaso necesitaban más?

—Sea sincera conmigo. ¿Cuántos años tiene?

—Cua… cuarenta y cuatro —respondió ella de mala gana.

Hall la contempló de la cabeza a los pies.

—Hoy día, las prendas interiores modernas hacen milagros con la silueta femenina —dijo.

—Siempre he tenido buen tipo —alardeó ella.

—Oh, sí, claro, no lo dudo. Pero sigamos con las confesiones sinceras. Usted tiene el rostro de una joven de veintitantos años. ¿Puede decir lo mismo de su cuerpo?

—¡Señor Hall!

—Es preciso encarar la verdad. Si el procedimiento del doctor Studder fuese lo que sea diese los resultados que asegura, su cuerpo debería tener los contornos correspondientes a sus veinticinco años… que debieron de ser espléndidos, ¿no es cierto?

Fanny puso los ojos en blanco y suspiró.

—No me lo recuerde —dijo evocadoramente.

—Sí, me lo imagino —sonrió él—. En tal caso, Studder no habría tenido inconveniente en mostrarla a usted desnuda, porque el rejuvenecimiento no debe alcanzar solamente a la cara, sino al cuerpo. ¿Lo comprende ahora?

—Desde luego, pero ya me había imaginado que se trataba de sacarle el dinero a unos pobres tontos, con esta máscara…

—A propósito de la máscara, ¿sabe de qué está hecha, Fanny?

—Bueno, algún plástico… Hoy día se hacen cosas maravillosas…

—Esa máscara es de piel humana.

Ella abrió la boca, estupefacta.

—Oiga, no diga barbaridades…

—Fanny, el hedor que percibimos no es de alguna cloaca reventada, sino de la piel que cubre su rostro y su cabeza y que se está pudriendo.

Fanny lanzó un chillido de terror. Luego, con gesto impulsivo, se

arrancó la máscara y el resto del disfraz que cubría su cabeza por completo, a excepción de las orejas.

El rostro y el cráneo afeitado quedaron al descubierto. Ella, presa de un asco invencible, lanzó la máscara a un rincón.

—Voy a vomitar —gorgoteó.

Hall agarró la botella y llenó una copa.

—Esto es mejor —sonrió.

Fanny vació la copa de un trago. Hall observó que era una mujer que todavía conservaba cierto atractivo, aunque, sin maquillar, no podía disimular en modo alguno su verdadera edad.

—¿Se ha convencido ahora, Fanny?

Ella asintió.

—Es… horrible… Pero si la máscara es de piel humana, antes perteneció a alguien… —chilló.

—Indiscutiblemente, aunque ninguno de los dos van a poder repetirlo a otras personas.

* * *

Hall se puso rígido. Fanny lanzó un chillido.

—¡Señor Szulvóry!

—Tengo una pistola en la mano —dijo el aludido—. No se muevan o haré fuego.

Hall levantó las manos en el acto.

—Ferdy, la piel de esa máscara se pudre —declaró.

Szulvóry hizo un gesto afirmativo.

—Me lo suponía —dijo—. Ese hedor es inconfundible.

—Lo cual significa que, en este caso al menos, el proceso de… de «*curtición*» ha fracasado.

—Pienso que el doctor Studder tenía prisa en esta ocasión. Y las prisas nunca dan buenos resultados.

—Sí, puede olerse —contestó Hall sarcásticamente—. ¿Cómo se llamaba la pobre chica a la que pertenecía esa cara?

—Ahora no tiene ninguna importancia. Pero, dígame, ¿quién es usted?

—Bryce Hall, amigo personal de la señora Crowley. Ella vino aquí engañada.

—Está enferma…

—¡Tonterías! Ignoro las causas, pero es muy posible que Studder se haya encaprichado de ella. No sólo es rica, sino también muy

hermosa. Y, aunque no sé gran cosa del asunto, puedo afirmar que el envejecimiento rápido es provocado y no producto de una dolencia debida a deficiencias hormonales.

—Hall, sabe usted demasiado —gruñó Szulvóry.

—Sí, es la frase clásica. ¿Va a disparar, Ferdy?

—Eso es algo que debe decidir el doctor.

—¿Dónde está ahora?

—En la habitación de la señora Crowley, naturalmente.

Hall sintió que se le cortaba la respiración. Hizo un movimiento instintivo, pero el revólver del húngaro se apoyó en su nuca.

—¡Cuidado! —advirtió Szulvóry secamente.

—Está bien, pero usted no puede permanecer aquí indefinidamente, apuntándome con la pistola.

—No se preocupe; en todo caso, diría que he matado a un ladrón. Esa gente se lo cree todo —rió Szulvóry despectivamente.

De pronto, se echó a un lado.

—Salgan. No hagan ningún movimiento sospechoso o haré fuego en el acto —añadió.

—¿Yo también? —preguntó Fanny con un hilo de voz.

—Sí. ¡Vamos!

La amenaza de la pistola era harto patente para desobedecer la orden de Szulvóry. Hall tenía el revólver en el cinturón, pero sabía que no podría sacarlo antes de que el otro apretase el gatillo.

Salieron al pasillo.

—Por ahí —indicó Szulvóry.

Momentos después, entraban en el dormitorio de Sonia.

Studder también tenía un revólver en la mano.

* * *

—De modo que el señor Hall lo ha descubierto todo —dijo Studder momentos después.

—Sí —confirmó el aludido, impasible.

Studder pareció meditar.

—Y la máscara de Fanny se está corrompiendo —murmuró segundos después.

—Algo falló en el proceso de conservación —dijo Hall.

—Indudablemente —Studder miró a la muchacha—. Pero necesitaría otra máscara…

Paula sintió que se le helaba la sangre en las venas.

—No cuente conmigo —exclamó.

Studder se echó a reír.

—Mi querida señorita Ewing, usted no está en condiciones de oponerse a nada de lo que, yo decida —contestó—, Ferdy, ¿cómo está el quirófano?

—En perfectas condiciones, doctor, como de costumbre.

Studder miró a la muchacha durante unos segundos.

—Ferdy, creo que ya no podemos seguir en Peak Island durante mucho más tiempo —dijo al cabo—. Las cosas empiezan a tomar un cariz adverso. Esta pareja no llegó a la isla por casualidad.

—Seguro, doctor.

—Bien, en tal caso, vamos a hacer algo inmediatamente. Ferdy, tiene que dar una inyección a cada uno de los otros pacientes. «Especial», ¿entendido?

—Sí, doctor.

—Emplee los argumentos de costumbre. Cuando haya terminado, regrese.

—Está bien.

Szulvóry abandonó la estancia. Studder movió el revólver.

—Siéntense —ordenó—. Pónganse cómodos. Será cuestión de veinte o treinta minutos.

—Hay algo que no acabo de comprender, doctor —dijo Hall—. ¿Por qué no nos mata ahora mismo?

Studder se echó a reír.

—Haría demasiado ruido —contestó—. Ya llegará el momento.

Sonia permanecía en su butaca, con la mirada perdida en el vacío, ausente a cuanto sucedía a su alrededor.

—Está drogada —dijo Hall.

—Sólo muy ligeramente —contestó Studder.

—Pero usted la ha engañado. Ella no va a morir.

—Está sanísima, señor Hall.

—Creo que comprendo lo que le sucede. Se ha enamorado de ella.

Studder suspiro.

—Todo ser humano tiene un punto débil —dijo.

—Sí, aunque no comprendo cómo pudo infiltrar en su mente la idea de la enfermedad.

—Bueno, no resultó difícil. Un día la encontré en la calle, me

gustó, volví a verla más tarde, seguía gustándome… y acabó viniendo a mi consulta, porque le dije que su aspecto no me gustaba mucho. Algo de droga hipnótica, una medicina que rebaja la tensión, un poco de dieta… y como empezó a sentirse débil, creyó que ya tenía los primeros síntomas de senilidad.

—Fantástico —exclamó el joven—. Entonces, ¿no hay motivos para temer por su salud?

—En absoluto.

—Pero otras personas sí han muerto.

—Lo admito —contestó Studder fríamente.

—Por dinero, claro.

Studder hizo un gesto cínico.

—¿Qué es lo que mueve el mundo, señor Hall? —preguntó.

—No me diga usted más. Pero lo que me parece más asombroso es esa droga que provoca la senilidad acelerada. ¿De dónde la ha sacado usted?

La puerta se abrió en aquel momento.

—Listos, doctor —informó Szulvóry.

CAPÍTULO XI

—El proceso sería largo de explicar y no disponemos de tiempo —manifestó Studder, sin perder su falsa ecuanimidad—. Así como actualmente se han descubierto sustancias que alargan la vida, también se han encontrado otras que aceleran considerablemente los procesos vitales.

—Vamos, la droga de la juventud, pero al revés.

—Así podría definirlo un profano —sonrió Studder.

—Es que yo soy un profano, doctor.

—Ya, no me lo jure. Ferdy, convendría que trajese unas cuerdas para atar a Fanny y al señor Hall.

—¿Y ella? —El húngaro señaló a Sonia, que continuaba en la misma actitud ausente, como si no se enterase de nada de lo que sucedía a su alrededor.

—Déjela, no hay motivo para preocuparse.

—Bien, doctor.

—Un momento —exclamó Hall—. ¿Por qué nos van a atar solamente a Fanny y a mí?

—A ella la necesito. —Studder se acercó de pronto a Paula y acarició su cara con la mano izquierda—. Esta vez no se pudrirá —añadió.

Hall se quedó con la boca abierta. Paula, por su parte, sintió un terrible escalofrío al comprender las intenciones del sádico individuo.

—¡No dejaré que…!

Studder movió la mano izquierda y su pistola apuntó directamente a la frente de Paula.

—Señor Hall, un solo movimiento más y abandonaré la idea de conseguir una nueva máscara —exclamó furiosamente.

Hall quedó en el mismo sitio, mordiéndose los labios de impotencia. De repente, Szulvóry dio un paso hacia adelante.

—Un momento, doctor —exclamó.

El húngaro se acercó a Hall. Con gesto súbito, alargó la mano y empuñó la culata del revólver que estaba escondido en la pretina de los pantalones de Hall.

—Tienes una vista excelente, Ferdy —rió Studder.

Szulvóry parecía muy preocupado.

—Doctor, no quisiera equivocarme, pero es el revólver de Barrycoe —exclamó.

—¿Cómo?

—Sí… Hall, hable, diga la verdad. ¿De quién es el arma?

—Usted tiene razón —contestó el joven serenamente—. Ese revólver pertenecía a Barrycoe.

—¿Lo mató usted?

—No, eso es algo que «Sandy» hizo de muy buena gana.

—Había otro hombre con Barrycoe. ¿Qué le pasó?

Hall dudó un instante. Su vacilación, sin embargo, resultó cortísima.

—Murió también —contestó.

—Bueno, dos estorbos menos —dijo el ayudante con notorio cinismo.

—Vamos, Ferdy, no perdamos más tiempo. Traiga las cuerdas. Entre en cualquier habitación desocupada y corte los cordones de las cortinas —dijo Studder impaciente.

—Sí, doctor.

Szulvóry salió de la habitación. Hall pensó que posiblemente resultaría muy útil entretener a Studder. Quizá, si conseguía que relajase su atención…

—¿Doctor?

—Sí, señor Hall.

—Tengo curiosidad por saber una cosa.

—Puede preguntar lo que guste, pero si baja las manos, le meteré una bala en el estómago —dijo Studder fríamente.

—Muy bien. Se trata del procedimiento que emplea para conseguir las máscaras de piel humana.

—No hay tiempo suficiente para explicarlo, pero un profano como usted tampoco lo entendería. ¿Por qué le interesa tanto saberlo?

—Bueno, curiosidad…

—El tejido tiene que ser arrancado en vivo, desde luego. Pero eso no ocurre antes de haber preparado la solución en que debe ser sumergido inmediatamente, como primer paso para su conservación.

—Oiga —se espantó Paula—, no irá a decirme que va a despellejarme viva.

Studder sonrió de un modo extraño.

—Mi querida señorita Ewing, usted no tiene por qué preocuparse de nada. Como es lógico, estará anestesiada, con lo que así se evitan todos los movimientos del paciente. No sentirá el menor dolor, se lo aseguro.

—¿Y después?

Studder suspiró hipócritamente.

—Después… ¡paz a su alma!

Paula sentía deseos de echarse a llorar.

—Bryce, no permitas…

—Lo siento, nena —contestó Hall resignadamente.

Szulvóry entró en aquel momento, con unos rollos de cordón de cortinas en las manos.

—Primero a él, luego a la señora Laughlin —dispuso Studder.

—Bien, doctor.

Szulvóry se situó detrás del joven y le ató las manos a la espalda. Luego le puso la zancadilla y, al mismo tiempo, empujó con una mano. Hall cayó de bruces al suelo, cosa que aprovechó el sujeto para atarle los tobillos.

Fanny siguió la misma suerte. Finalmente, Szulvóry les tapó con unas tiras de toalla, que había traído del cuarto de baño contiguo.

—Ya está, doctor.

—Muy bien —dijo Studder—. Vamos al quirófano inmediatamente. Lo primero que debemos hacer es un análisis de sangre de la paciente…

La voz de Studder se cortó bruscamente, cuando la llave giró en la cerradura por el lado opuesto. Entonces, sorprendentemente, Sonia se puso en pie.

—No temas, Bryce —dijo—. En mi nécessaire tengo unas tijeras…

* * *

Fanny Laughlin se sentó en el suelo, frotándose las muñecas.

Tenía los ojos llenos de lágrimas y le parecía mentira hallarse libre.

—Sonia, gracias —dijo el joven.

Ella sonrió.

—¿Lo he hecho bien? —preguntó.

—Eres una magnífica actriz. Nunca se me hubiera ocurrido pensar que no estuvieses drogada.

—Bryce, cuando te marchaste, después de haber entrado aquí por primera vez, Paula empezó a explicarme lo que sucedía. Entonces, cuando Studder llegó, yo me quedé sentada en la butaca, con aire de estar bajo la influencia de la droga. No sé cómo se me ocurrió, pero pensé que podrías encontrarte en un apuro y que así me sería más fácil ayudarte.

Hall abrazó con fuerza a la joven.

—Eres una verdadera amiga —dijo—. Pero ¿es cierto que Studder te administraba estupefacientes?

—Algo me daba —contestó Sonia—. No sé qué era, en realidad; pero el caso es que, sin perder por completo el conocimiento, anulaba mi voluntad totalmente. En sus manos yo… yo era…

—Una infeliz avecilla en las ávidas garras de un vampiro —exclamó Fanny coléricamente.

De pronto, la mujer se pasó la mano por el cráneo completamente pelado.

—Tengo una peluca en mi cuarto…

—Aguarde, Fanny —pidió Hall—. ¿Sabe usted dónde tiene Studder su quirófano?

—Por supuesto. Yo les guiaré con mucho gusto, pero deben tener en cuenta que ellos están armados.

—No se preocupe, ya encontraremos algo. Aunque sea un cuchillo en la cocina…

Sonia alargó la mano y agarró por el brazo a Hall.

—Bryce, yo le oí decir a la señora Kingsbrooke que tenía un revólver —manifestó.

—¿La conoces?

—Sí.

—Entonces, vamos, guíame. Fanny, no se despegue de nosotros.

—Señor Hall, yo no doy un paso más lejos de mi cuarto sin la peluca —contestó la mujer resueltamente.

—Le esperaremos en la habitación de la señora Kingsbrooke —

decidió Sonia—. Bryce, ¿no llegaremos tarde…?

—No. Probablemente, ni siquiera habrán anestesiado a Paula. Antes debe hacerle algunos análisis, si quiere obtener una máscara en condiciones —contestó el joven.

—No entiendo —dijo ella—. ¿Por qué quiere una máscara?

—Sonia, sospecho que Studder y su cómplice van a abandonar la isla muy pronto. Tal vez se irá lejos, a otro país… y un día volverá a realizar el mismo truco, para sacar dinero a la gente.

—Parece razonable —convino Sonia—. Ah, aquí es.

Sonia levantó la mano, pero Hall abrió la puerta directamente.

—No podemos perder tiempo —dijo.

Buscó el interruptor y encendió la luz. Tendida en la cama, había una mujer de mediana edad, profundamente dormida.

—Es Clara Kingsbrooke —dijo Sonia.

—Despiértala. Yo vigilaré desde la puerta.

Fanny vino corriendo, con la peluca puesta.

—Ya estoy lista —De pronto observó las acciones de Sonia y exclamó—. Así no conseguirá nada, señora Crowley.

Sonia se volvió hacia la mujer, mirándola inquisitivamente. Fanny se inclinó unos segundos hacia la señora Kingsbrooke y meneó la cabeza.

—Tal vez le dieron algún sedante…

Separándose de la cama, fue al cuarto de baño, del que volvió a los pocos momentos con una bolsa de goma.

—Ordinariamente, tenía agua caliente, pero ahora es algo que no conviene —dijo.

Un chorro de agua fría cayó sobre la cara de la durmiente, que se agitó con fuerza, aunque sin lograr despertar del todo.

—No es bastante —dijo Fanny—. Vamos, a la ducha con ella.

Bryce comprendió en el acto las intenciones de la mujer. Tiró a un lado la ropa de la sábana y levantó en vilo a la señora Kingsbrooke. Sonia y Fanny le acompañaron al cuarto de baño.

Entre los tres sostuvieron en pie a Clara Kingsbrooke. Fanny le daba palmadas en la cara.

—Despierte, señora Kingsbrooke… Vamos, abra los ojos de una maldita vez… Despierte, por todos los diablos…

Hall contuvo una sonrisa al escuchar el atroz lenguaje de Fanny. Pero aquella sarta de palabrotas pareció dar resultado. Clara abrió

los ojos, y miró turbiamente a las personas que le rodeaban.

—¿Qué pasa? ¿Por qué me han traído aquí? —se lamentó, con torpe lengua…

—Ya es bastante —dijo Hall—. Fanny, busque algo de beber.

—Sí, señor.

—Sonia, sécale la cabeza. Señora Kingsbrooke, usted tiene un revólver. ¿Dónde lo guarda?

Hall sostenía en pie a la mujer, mientras Sonia le daba friegas en la cabeza. Clara pareció no comprender bien la pregunta, por lo que Hall tuvo que repetirla.

—En… mi nécessaire… —dijo al cabo con voz todavía poco firme—. Hay un doble fondo…

Hall levantó a la mujer en brazos y la condujo al dormitorio, dejándola en una butaca. Fanny entró a continuación, con una botella y una copa en las manos.

—Llénela, Fanny —ordenó el joven.

Sonia había envuelto a Clara con una manta. Fanny llenó la copa, pero, de pronto, sintió que se la quitaban de la mano.

—Yo también necesito un trago —sonrió el joven.

—Vaya —resopló Fanny—. Creí que era para ella.

Hall buscó el maletín de aseo. Después de abrirlo, lo volcó sin ceremonias sobre la cama. Luego rasgó el forro con las manos. Tiró con fuerza y el doble fondo quedó al descubierto.

—¡Espléndido! —dijo, blandiendo un pequeño revólver de cinco tiros—. No es un cañón, pero a corta distancia, puede resultar mortífero.

—Será mejor que nos vayamos —dijo Fanny, aprensiva.

—¡Esperen un momento!

Hall se volvió, intrigado por el tono de voz que había empleado Sonia.

—¿Qué sucede? —inquirió.

Sonia tenía la vista fija en la señora Kingsbrooke.

—No sé… Quisiera equivocarme… pero me parece mucho más vieja que ayer… Incluso más vieja que esta misma tarde —dijo entrecortadamente.

Hall sintió un escalofrío. De pronto, recordó algo que había oído poco antes.

—Las inyecciones especiales…

Movió la mano.

—Fanny, hágale beber otra copa —ordenó.

Clara Kingsbrooke parecía volver a la realidad. Hall se arrodilló a su lado.

—Señora…

—¿Quién es usted? —preguntó Clara.

—Eso no importa ahora. Dígame, ¿se siente débil?

—Sí, muy floja… Ayer me encontraba mucho mejor… Pero estoy resignada; mi hora ha llegado ya…

Hall se mordió los labios. ¿Debía decirle la verdad?

—Señora Kingsbrooke, cuéntenos cómo conoció usted al doctor Studder —pidió.

Clara habló durante unos minutos. Al terminar, Sonia dijo:

—Es exactamente el relato que yo podría hacer, Bryce.

—Sí, sólo que contigo empleó medicamentos prácticamente inocuos, pero con otros empleó su fórmula. No todas sus pacientes pueden enorgullecerse de haber atraído el amor de Studder.

—¡Bryce, no hables así! ¡Ese hombre me repugna! En condiciones normales, yo no le habría aceptado…

—Sonia, no te hagas reproches, puesto que tú no eres culpable —dijo Hall—. Señora Kingsbrooke, nos va a perdonar, pero ahora vamos a tratar de evitar que Studder cometa un nuevo asesinato.

—Señor Hall, por lo que más quiera, dígame: ¿Esta enfermedad que padezco… ha sido provocada? Sea sincero, voy a morir y ya nada me importa.

Hall asintió con repetidos movimientos de cabeza.

—Todos los que han muerto de viejos podían haber vivido muchísimos años, señora —contestó—. Apostaría algo a que usted dio una buena suma para contribuir a las investigaciones que, un día, podrían evitar la muerte por senilidad acelerada.

Clara sonrió tristemente.

—Ciento cincuenta mil dólares —contestó.

—¡Caramba, vaya un pellizco! —exclamó Fanny.

—Váyanse, váyanse —dijo Clara—. Eviten que ese repugnante individuo cometa más crímenes. Déjenme sola…

Hall agarró la mano de Sonia.

—Salgamos —dijo—. Fanny, guíenos.

—Sí, señor Hall.

CAPÍTULO XII

Fanny marchaba en cabeza. Atravesaron el vestíbulo y salieron al porche delantero. A la derecha se veía un *bungalow*, con las ventanas iluminadas, si bien cubiertas por cortinas que no permitían ver lo que sucedía en el interior.

—Ahí —señaló Fanny.

Hall meditó unos instantes. Luego se volvió hacia Sonia.

—Tú irás por la parte de atrás, con Fanny —dijo—. Procura escuchar lo que hablamos. Si grito, tiras una piedra contra los cristales.

—Usted lo que quiere es que les distraigamos —adivinó Fanny.

—Exactamente.

—Váyase tranquilo. Estaremos quietas, hasta que le oigamos gritar. Venga conmigo, señora Crowley.

Las dos mujeres se alejaron. Hall se acercó cautelosamente a la entrada del *bungalow*, del que observó unas dimensiones algo mayores que los restantes. La construcción, asimismo, parecía más cuidada.

Acercándose a una de las ventanas, intentó mirar, pero las cortinas, si bien dejaban pasar en parte el resplandor de las luces del interior, resultaban impenetrables para la vista. Hall abandonó aquel lugar y buscó la entrada.

Tanteó el pomo y abrió con todo cuidado, encontrándose ante un pequeño cubículo, al otro lado del cual se veía una puerta con dos ojos de buey de unos veinte centímetros de lado. Pero el cristal era también opaco.

Hall comprendió que era una especie de esclusa que aislaba el quirófano del exterior. Bastaron tres pasos para que se situase junto a la otra puerta, que era de dos hojas.

Inspiró con fuerza. Luego, de pronto, alzó el pie derecho.

Las batientes cedieron ruidosamente. Studder y su ayudante,

ambos vestidos con bata blanca y los rostros cubiertos con la mascarilla antiséptica, se volvieron en el acto.

—¡Quietos! —ordenó el joven.

Los dos hombres se quedaron inmóviles. Hall observó, de un rápido vistazo, la crítica situación en que se hallaba Paula.

La joven yacía sobre la mesa de operaciones, desnuda de la cintura para arriba. Pero no estaba inconsciente.

—Bryce —gimió.

—No temas, preciosa —sonrió Hall—. Doctor, Ferdy, apártense de ahí —ordenó, a la vez que movía la mano amenazadoramente.

Studder y su ayudante se retiraron unos pasos, quedando juntó a una mesa con instrumental quirúrgico. Súbitamente, Studder se arrancó la máscara.

—Debí haberle matado allí mismo —dijo rabiosamente.

—No podía. Temía que sus pacientes oyeran los disparos —sonrió Hall—. Por cierto, ¿qué resultados han dado los análisis de sangre de la señorita Ewing?

—¡Bryce! ¿Qué importa eso ahora? —Protestó Paula—. ¿Es que no te das cuenta de la situación en que me encuentro?

—Lo veo perfectamente —dijo el joven—. Pero no te preocupes, hermosa. Ahora mismo te soltaremos.

Studder hizo una profunda inspiración. Con apariencia de naturalidad, volvió a acercarse a la mesa de operaciones. Hall le contemplaba con recelo.

De pronto, Studder enseñó una jeringuilla de inyecciones. La aguja estaba situada a unos centímetros tan sólo del pecho desnudo de Paula.

—Señor Hall, suelte el revólver inmediatamente —dijo—. De lo contrario, clavaré esta aguja en el cuerpo de la señorita Ewing. Y, créame, antes de una semana, habrá muerto de vieja.

* * *

Paula emitió un sollozo.

—Por favor, no…

Los ojos de Studder eran duros como el diamante.

—No se lo repetiré más, señor Hall —dijo.

Con el rabillo del ojo, Hall se dio cuenta de que Szulvóry maniobraba para buscar algo, probablemente, el revólver que habría dejado al empezar su siniestra tarea. Había llegado el

momento de distraer a aquellos desalmados.

—Bien, doctor, no le he oído…

—¿Está sordo? —Se impacientó Studder—. Si no deja caer el revólver, inyectaré…

—¡Grite más, que no le oigo! —vociferó el joven.

Studder respingó. Súbitamente, se oyó un tremendo estrépito de cristales rotos. Algo penetró en el quirófano y rodó por el suelo.

Paula chilló. Studder volvió la cabeza un instante.

Hall hizo fuego. Se oyó un rugido feroz. Studder se tambaleó.

En el mismo instante, Szulvóry alcanzaba su revólver. Cuando se volvía, Hall, a cinco pasos, disparó dos tiros.

Szulvóry se tambaleó. Luego cayó hacia atrás y volcó una mesa llena de instrumentos quirúrgicos con horroroso estruendo.

Studder había sido alcanzado en el brazo derecho, aunque la herida no era de importancia. La jeringuilla se había roto, al estrellarse contra el pavimento. Aun así, se inclinó para recoger la aguja, en la que había unas gotas del líquido mortal.

Un pie golpeó su mejilla izquierda con tremendo impacto. Studder gritó y cayó de lado, quedándose inmóvil en el acto.

—Lo primero los brazos —pidió Paula.

Hall sonrió.

—Claro, nena.

Soltó las ligaduras y ella se cubrió los senos con las manos. Luego, Hall desató el resto de las correas.

—Debe de haber una blusa por alguna parte —dijo.

Sonia y Fanny entraron en aquel momento.

—Bueno, dos pajarracos al infierno —exclamó la segunda.

Hall lanzó un vistazo hacia el ayudante, cuyo pecho estaba completamente cubierto de sangre.

—Sólo uno —dijo—. Studder está simplemente desmayado.

Paula se abotonaba la blusa en aquel momento.

—Por favor, vámonos pronto de aquí —exclamó—. He pasado un pánico horroroso…

—Me lo figuro —dijo Hall comprensivamente—. Pero ya no hay motivos para sentir ningún temor.

—Bryce, ¿qué haremos ahora? —consultó Sonia.

Hall lanzó una mirada hacia el inconsciente Studder.

—Sería conveniente que lo llevásemos a su yate —dijo—. De

este modo, podremos ponerlo en manos de la justicia. Si lo dejásemos aquí, no podrían hacerle nada.

Reflexionó unos instantes y añadió:

—Yo no sé manejar el yate, pero creo que Tilton sí podrá hacerlo. —Entregó el revólver a Fanny—. Usted es la más resuelta. Lo dejo en sus manos.

Fanny se pasó la mano por el rostro.

—Cada vez que me acuerdo de aquella máscara que se me pudría encima de las narices… Váyase tranquilo, señor Hall.

* * *

Tilton se mostró de acuerdo en ayudar a Hall.

—La señora Crowley tiene dinero —manifestó el joven—. Ella contratará al mejor abogado. Además, puesto que va a ayudarnos, el juez lo tendrá en cuenta.

—Es un buen trato —aceptó Tilton.

Los dos hombres echaron a andar a lo largo de la costa. Hall quería que Tilton comprobase si el yate estaba en condiciones de navegar.

De repente, cuando llegaban a las inmediaciones del estanque, oyeron un fuerte griterío.

—¿Qué diablos pasa ahí? —Respingó Tilton.

La luna estaba en fase de plenilunio y se veía casi como si fuese de día. Bruscamente, un grupo de personas se hizo visible.

Algunas de aquellas personas caminaban con dificultad, pero se movían con gran resolución. Todas tiraban de una larga cuerda, al final de la cual se movía un cuerpo humano.

Studder chillaba horrorosamente. Espantado, Hall reconoció a los pacientes de lo que aparentaba ser un sanatorio y no era sino una fábrica de cadáveres.

Clara Kingsbrooke parecía la más activa de todos y gritaba desenfrenadamente. A Hall le dio la sensación de que una locura colectiva se había apoderado de aquellas personas.

—¡Cielos! —Exclamó Tilton—. Lo van a arrojar a…

Hall asintió, ceñudo.

—Jay, no podemos consentirlo —dijo—. Sean cuales fueren sus crímenes, debe ser entregado a la justicia.

Arriba, en la ladera boscosa, sonaron voces de mujer. Paula y Sonia llamaban al joven.

Hall decidió intervenir.

—¡Vamos, Jay!

Los dos hombres salieron a terreno descubierto. Ahora ya podían ver mejor a Studder, que era arrastrado por la cuerda ligada en torno a sus tobillos. Todos sus movimientos para defenderse eran inútiles, ya que también le habían atado las manos.

Studder vio a los dos hombres.

—¡Sálvenme! —aulló—. ¡Estos locos quieren arrojarme al agua!

—Es lo que se merece —gritó Hendrikson—. Apártense.

Otro hombre apareció, con una pistola en la mano.

—Fuera, fuera o dispararemos…

Hall y Tilton retrocedieron. Tilton, sobre todo, se sentía espeluznado.

La luz de la luna alumbraba casi con la claridad del día. Seis personas, cuatro mujeres y dos hombres ofrecían un aspecto horripilante, ancianos que tenían, aparentemente, más de ochenta años, con las mejillas chupadas y la piel del rostro horriblemente arrugada. Tan sólo los ojos, aunque hundidos en las cuencas, brillaban espectralmente.

Hall se preguntó cómo habían podido apresar a Studder. Paula, Sonia y Fanny llegaron en aquel momento.

—Nos sorprendieron —dijo la primera, jadeando—. Estábamos esperando a que volvieras…

Una mujer, increíblemente vieja, encorvada, con las greñas sueltas, que la hacían parecer una vieja, se adelantó hacia ellos.

—¡Fui yo! —gritó Clara Kingsbrooke con voz cascada—. Desperté a mis compañeros y les conté lo que ese asesino había hecho con nosotros…

—¡Basta, basta! —exclamaron varios—. Estamos perdiendo el tiempo. ¡Al agua con él!

Studder emitió un horroroso alarido cuando seis pares de manos sarmentosas izaron su cuerpo en vilo y lo lanzaron al estanque. Chapoteó fuertemente y luego emergió, convulsionándose de forma epiléptica, como si con los golpes de talón quisiera mantenerse a flote y buscar refugio en la orilla rocosa.

De súbito, una aleta triangular hendió las aguas.

Se oyó un espantoso grito. Inesperadamente, Clara Kingsbrooke saltó al agua.

—¡Muerde, «Sandy», muerde!

Hall creía hallarse bajo el influjo de una horripilante pesadilla. Dos mujeres más se lanzaron al estanque. Los hombres reían como posesos.

Las mujeres golpearon el lomo del tiburón, entre cuyas mandíbulas se debatía Studder, todavía vivo.

Otro hombre saltó al estanque. Las manos batían el agua en torno al escualo, incitándole a devorar a su presa.

Pero entonces ocurrió algo insólito. El tiburón, asustado, dio media vuelta, con un potente coletazo, y huyó como una flecha.

Hall avanzó un poco el torso. Pese a la huida del escualo, ya no se podía hacer nada por Studder, cuyo cuerpo, horriblemente destrozado, flotaba en las aguas del estanque. Faltaban un brazo y una pierna, apreció el joven.

De pronto, Hendrikson se sentó en el suelo.

—Me muero —jadeó.

Una mujer se hundió en el agua. Hall y Tilton, reaccionando, corrieron a ayudar a las otras. El hombre consiguió alcanzar las rocas, pero quedó allí, tendido de bruces, incapaz de hacer un movimiento más.

Clara Kingsbrooke se colgó del cuello de Hall.

—Estoy muriéndome… —dijo—. Pero no me importa; ese canalla ha pagado ya…

Clara empezó a deslizarse hacia el suelo. Hall se arrodilló a su lado. Ya no era posible hacer nada por ninguno de aquellos desdichados.

Mientras contemplaba el arrugado rostro de la señora Kingsbrooke, Hall pensó en que había cumplido la última voluntad de Elsa Hope. Elsa y tantos otros más, habían sido ya vengados.

Paula se reunió con el joven.

—No pudimos hacer nada —murmuró—. Hendrikson tenía una pistola y dijo que iba a morir y que no le importaría matar al que le impidiese vengarse de Studder. ¿Qué podíamos hacer nosotras, Bryce?

—No te preocupes. Studder ha tenido el fin lógico en un individuo de su calaña —contestó Hall.

* * *

Paula estaba retocándose el peinado, frente al espejo de su

tocador, cuando, de pronto, oyó ruido en la salita.

Asomó la cabeza. Bryce Hall estaba llenando dos copas.

—Eh, ¿quién te ha dado permiso para entrar en mi casa? —preguntó la muchacha.

—Bueno, hay confianza, ¿no? —sonrió él—. Además, he venido a despedirme de ti.

Paula avanzó hacia el visitante.

—¡Cómo! ¿Te marchas? —exclamó—. Ah, ya comprendo. Tú y Sonia…

—Preciosa, estás equivocada. Sonia y yo fuimos, somos y seremos siempre excelentes amigos. Pero ya sabes que, al regreso, la puse en manos del doctor Langfries, para que la hiciera una serie de exámenes exhaustivos. Además, recordarás que me traje muestras de tejidos de aquellas pobres personas que murieron en Peak Island y que también encontré un frasquito con un líquido muy sospechoso, que debía de ser esa maldita droga aceleradora de la senilidad.

—Sí, lo recuerdo perfectamente, y me pareció muy bien.

—Era lo más conveniente —siguió Hall—. Bueno, después de todo esto, Langfries descubrió dos cosas y recordó otra. Primero descubrió que Sonia no tenía absolutamente nada. Segundo, descubrió que es una muchacha muy guapa. Y tercero: recordó que era soltero.

Paula sonrió maliciosamente.

—Y se van a casar —dijo.

—Se casaron ayer, en secreto y sin decirlo a nadie. Ahora andan en viaje de novios por… Bueno, no me lo han dicho ni tampoco importa demasiado. Ya los veré cuando vuelvan.

—Pero antes has dicho que te marchas.

—Claro. He de trabajar, preciosa. Soy investigador de seguros. Ha ocurrido un siniestro en el norte y debo investigar sus causas y emitir el informe. A mi vuelta, vendré a verte… pero creo que no estaré fuera más de una semana.

Hall tomó un pequeño sorbo de su copa.

—Cuando vuelva —añadió—, puede que te pregunte si quieres salir a cenar una noche conmigo.

—¿Sólo eso? —dijo ella, decepcionada.

—Bueno, habrá más preguntas en el transcurso de la cena…

suponiendo que aceptes, claro.

—Llámame en cuanto regreses, Bryce —exclamó Paula con vehemencia.

Hall dejó la copa a un lado y la abrazó.

—Paula, ¿aún recuerdas…?

—Empiezo a olvidar —contestó ella—. Pero fue horrible.

—Sí, horrible.

—Bryce, hay cosas que nunca entenderé, del todo. ¿Por qué hacía Studder…?

—En cierto modo, era un desequilibrado. Y un sádico también, no lo olvides. Pero su desequilibrio mental no era tan grande que no le permitiera pensar en el dinero.

—Sí, es verdad —musitó Paula.

Hubo un instante de silencio. Luego, Hall besó a la muchacha. Paula no puso ninguna objeción.

—Vuelve pronto —dijo segundos más tarde—. La invitación a cenar queda aceptada.

Hall la miró y sonrió.

—Ya puedes empezar a pensar en la respuesta que darás a la pregunta que pienso hacerte durante la cena —dijo.

—Puedes estar seguro de que será afirmativa —contestó Paula.

FIN